



Laura Antillano

LAS AGUAS TENÍAN REFLEJOS DE PLATA

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

200
BATALLA DE
CARABOBO

Laura Antillano Narradora, poeta, ensayista, profesora universitaria, titiritera y guionista. A temprana edad comienza a publicar sus relatos. Es directora de la Fundación La Letra Voladora, la cual organiza encuentros de literatura infantil y juvenil. Ha sido reconocida con el Premio Bienal José Rafael Pocaterra (2004), el Premio del Ministerio del Poder Popular para la Cultura en Literatura 2011 y el Premio Nacional de Literatura (2012-2014). Entre sus obras mencionaremos: *La bella época* (1968), *La muerte del monstruo come-piedra* (1970), *Literatura infantil e ideología / análisis crítico de nuestra realidad* (1987) y *La luna no es pan-de-horno* (1988).

« *Dos figuras*. 1951.

Héctor Poleo. Óleo sobre tela. 135,5 x 81,5 cm.

Galería de Arte Nacional.



Las aguas tenían reflejos de plata

LAURA ANTILLANO

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico-militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

LA COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra de los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz

Freddy Nájnez Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Rodríguez Gómez

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla Pérez

Las aguas tenían reflejos de plata

LAURA ANTILLANO



Índice

- 13 Preámbulo
- 33 Capítulo I
De cómo el hijo del pirata y la Tuna comienzan a vivir su propio destino. De enamoramiento a primera vista y de inicios como orfebre y pardo
- 37 Capítulo II
De lo acaecido a don Cristóbal Martín, de reuniones secretas, rebeliones, amistades, gratas compañías y otros descubrimientos
- 49 Capítulo III
De un caserón en la calle El Milagro, de las historias de doña Solange Rincón y Portales con su manto de punta, de las consecuencias de ser pardo y orfebre, y de viaje próximo
- 59 Capítulo IV
De un pardo orfebre en la capital, de las celebraciones de Carlos IV, de nuevas amistades y rencuentro amoroso
- 69 Capítulo V
De amores, de banquetes, intrigas, peleas gremiales, conspiraciones y la incertidumbre de una boda
- 79 Capítulo VI
De lo acontecido durante la luna de miel, de bailes, allanamientos, huidas y nuevas identidades. De intrigas y nuevo escape

- 89 Capítulo VII
De la vida en la ciudad de Coro, de las aventuras de un orfebre y platero en revolución, del amor y lo inesperado
- 103 Capítulo VIII
De La Guaira y sus alrededores, de extraños sueños en alta mar, de historias de amor encarecido, de un crucifijo como santo y seña y de feliz rencuentro
- 109 Capítulo IX
De la llegada de extraños al puerto y de un niño que crece y descubre misterios
- 115 Capítulo X
De lo que sucedió en una nueva revolución posible, de la solidaridad y el amor
- 125 Epílogo

Preámbulo

Tuna de mar

Se le llamó Golfo de Venecia por la semejanza, para los nativos era Golfo de Coquivacoa, y desde el 24 de agosto del mismo 1499 fue mentado Lago y Puerto de San Bartolomé.

Nombres al aire... ¡para parir nombres fueron nacidos!... sin conocimiento del fuego y el verdor, de la mar hirviente, de la condena por noche de tormenta. No hay cabeza humana que lo explique y como polvo de oro: ¡Relámpago de Catatumbo, ampáranos!... ¡Bajones del corazón que no se cuentan!

Todo empezó un día de sayones blancos y cabezas cubiertas, látigos en mano y algunas varas largas con afilada punta al extremo. Una manada de lamentaciones al cielo. Cada quien se azota, las espaldas dejan al descubierto las líneas rojas de humedad sanguínea. Un golpe al cielo y otro a la tierra. Los paisanos cierran las ventanas temerosos de contemplar el espectáculo. La noche oscura es un nido de gritos. Golpes secos sobre piel que arde y sonido de aldaba que presurosa clausura la mirada escrutadora. Es enero de 1770, la Virgen Chinita ya nos amparaba (aunque parecía no hacerlo por aquellos días). La sequía mataba los animales y las matas, y todo lo que se arrastraba, caminara o comiera.

El vicario decidió obedecer las órdenes del Altísimo, y convocó a la ciudad para exigirle voto de castidad para aplacar la cólera divina. Así lo dijo desde el púlpito: aplacar la cólera divina...

Habíamos tenido meses sin que una gota nos viniera del cielo. Secos los aljibes, un vapor de fiebre inundaba el aire. En los templos se rezaba día y noche. No había reposo. Bendita Virgen de la Chiquinquirá ¡¿Te has vuelto sorda? ¿Qué hicimos tus fieles?!...

—La flagelación... dijo el Vicario. El Altísimo pide procesión de flagelantes... ¡Hay que mortificar la carne!

El decreto era extenso y lo escuchamos en la Catedral, sintiendo que cada palabra era como un buey que quería reventarnos dentro del pecho, una catapulta altisonante. El Vicario hablaba y golpeaba el púlpito: — Hemos pecado. El Altísimo Señor ya no lo soporta, tendrán hombres y mujeres que presentarse, provistos de gruesas disciplinas, para que se flagelen públicamente las espaldas, además de llevar cruces y maderos pesados, cuya conducción sirva, igualmente, de mortificación al cuerpo...

Maracaibo hervía. Debían ser cuatro noches de flagelantes en procesión, hombres y mujeres. El Gobernador de Provincias, Alonso del Río, estaba escandalizado. Mandó llamar al Vicario.

El Vicario lo miraba como desde una montaña.

—Obedezco órdenes dictadas de un poder mayor que el suyo, señor Gobernador, si lo desea hágame encarcelar, Pero no me retracto.

El Gobernador, hombre cauto y sencillo, temía que todo llegara al conocimiento del Rey de España, y ya sabía de la soberana mano justiciera de Carlos III... y le temía. Esperó y volvió a implorar la voz del Vicario.

—Al menos las mujeres, que no den ese espectáculo, ellas no.

A nombre de la mismísima virgencita de la Chiquinquirá, la virgen china, se lo pidió. Y el Vicario, desde las alturas, contestó un “no”

solemne de movimiento de la cabeza. El Vicario estaba sordo o sólo oía la voz del Altísimo.

Las procesiones comenzaron.

El primer día eran hombres solos. Las visiones aterradoras de esas horas son sólo semejantes a lo que debe ocurrir en las mismísimas pailas del infierno, gritos encajados y los golpes sobre la carne, hierra a sangre. Pero nada. La lluvia no vino en nuestro amparo. Los pecados eran demasiados, y aquellos que dedicaban el cuerpo para razón del sustento eran mirados poco más o menos que como apestados, infectos.

El Vicario y los curas de toda la ciudad continuaban con la tarea, el segundo día, o mejor: la segunda noche, puesto que el orden de la oscuridad era parte del rito, la presencia de las mujeres hizo crecer la masa de sayas blancas y pies descalzos destrozados, que marchaban su pena por esas calles sin Dios.

En medio de aquel espectáculo, francamente infernal, pude ver cómo, en aras de la penitencia, una columna humana parecía ser más merecedora del dolor que el resto. Eran ellas mujeres quienes, más que unidas al grupo por propio acto de contrición, parecían arrastradas por los otros. Habían sido totalmente despojadas de su vestimenta, sin cubrirseles a cambio con género alguno. En sus cuerpos se hacía difícil distinguir un fragmento de piel que no estuviera embadurnado de esa sustancia pegajosa formada por el amasijo de su sangre y la tierra del camino. Con los látigos y las varillas afiladas, y al ritmo de las lamentaciones, que alcanzaban la polifonía de un canto, aquellas mujeres resultaban un espectáculo verdaderamente digno de lástima.

Entonces ocurrió.

Descubrí entre ellas a Ana María, llamada la Tuna, por cuyo perfume y de cuyas espinas pasaré pronto a relatarte, y que es el motivo real por el cual me he remitido a darte cuenta en este enero de 1770, que nos ocupa.

Era pequeña esta mujer, con ojos asombrosamente crecidos (tanto que constituían el motivo central de atención en ella), sus manos eran diminutas, más tarde me asombraría descubrir lo que aquellas eran capaces de hacer. En medio de los empujones, los insultos de palabra, y sobre todo el flagelo de que era víctima, la figura de la Tuna parecía hacerse más frágil, tanto así que ello motivó nada menos que a Juan David Nau, llamado: hijo del Olonés, a apiadarse de ella, y en consecuencia, a entrar en trato conmigo, Cristóbal Martín, sobreviviente al que hoy te remites para enterarte de paso y bienaventuranza.

Estaba Juan David como uno de los pocos que se atrevían a ser testigos presenciales de aquella deprimente procesión, para calmar la ira del Altísimo, cuando no se sabe que fibra del caído corazón le tocó la mirada lastimera de aquella desventurada, que sin pensarlo el mentado se introdujo entre las gentes, y ¡oh, blasfemia!: a empeñones rescató a la Tuna de quienes la latigueaban y vejaban. Sacándola fuera de procesión con la rapidez que utiliza una rata de puerto para conseguir alimento, llevóse la lo más lejos posible en sincronizada carrera, atrapándola en lo que debió ser el cielo de sus brazos, para aquella mujer.

La ira de Carlos III había nacido del matrimonio de Felipe V en segundas nupcias con la ambiciosa Isabel de Farenio, quien aún sin conocer las grandes dotes futuras de su hijo gobernante, desde siempre aspiraba a una corona para él. Y por ello se dirigió a los ducados de Parma y Toscana, cuyo príncipe reinante no tenía sucesión por órdenes del destino entonces, Carlos, antes de los veinte años pasó a ser nombrado soberano de Nápoles, coronado en Palermo, donde largamente reinó, y luego le tocó venirse a España, a ocupar la corona durante veintinueve años. Su poder era absoluto y se había ganado abierta o soterradamente en ocasiones, las voluntades de todos.

Cuando vinieron a avisarle lo ocurrido en Maracaibo, una de sus provincias más queridas, había salido en una jornada de cacería de

venados de cornamenta alta (los que estaba escasos y eran su pasión), por otra parte, doña Isabel de Farenzio estaba francamente insoportable, exigiendo a los pinches de cocina que consiguiesen vino blanco de Flandes para la preparación del Lenguado a la Normanda. España ya había renunciado a su dominio sobre Flandes en 1714, con la paz de Utrecht, pero eso doña Isabel no podía entenderlo. Y para colmo, en la mañana, el Rey había tenido una reunión con la Junta de Comerciantes Catalanes quienes le pedían el monopolio del comercio con América, y Don Carlos los disuadió de tal actitud sabiendo, sin embargo, que tarde o temprano lo convencerían de tal decisión. De manera que al saber lo del escándalo de los flagelantes en Maracaibo su cabeza intentaba corresponder a asuntos muy diversos y no menos importantes. Se le ocurrieron tres cosas: La una, que sí le daría lo pedido a los catalanes pero para 1778; la segunda, que expulsaría a los jesuitas de España, quienes ya estaba propasándose en sus decisiones de poder eclesiástico sobre los fieles, ignorando el poder de la monarquía, y esta idea, por consecuencia directa, lo llevó a enviar de inmediato una ordenanza a la Provincia de Maracaibo y a ese Alonso del Río que se había dejado faltar la autoridad. Mando a buscar a su escribiente y le dictó sin más pérdida de tiempo un mensaje para su Secretario de Ultramar: “Diga usted al Gobernador de Maracaibo que sea esta la primera y última vez que salgan las mujeres en penitencia escandalosa, que no haya procesión de ninguna especie sin la licencia concedida por el Obispo, y que cuanto dispongan el Vicario y curas de Maracaibo, tiene que ser sometido al dictamen de su Gobernador.”

Carlos III hizo una pausa en el dictado, caminaba agitado y sudaba dentro de su atuendo de cazador.

“En cuanto a los sacerdotes autores de tamaño escándalo, mandó que sean sometidos a juicio por haber desobedecido las sinodales de obispado de Caracas, pauta que debía servir en caso semejante... He dicho”.

El tercer asunto que se le ocurrió fue relativo a la necesidad de fomentar el parentesco y la amistad con la rama de los Austria, en busca de mantener una remesa de vino blanco de Flandes en las bodegas de la cocina real y evitar discusiones ordinarias con su madre por el Lenguado a la Normanda, discusiones que tarde o temprano iban en perjuicio de su propia salud.

Volvamos, pues, a esa noche de enero de 1770, en Maracaibo, días antes de la furia del soberano, cuando Juan David Nau, hijo del Olonés, huye hacia los suburbios del puerto, llevándose con él casi desnuda a la Tuna, Ana María, quien, y paso a relatarte origen y ascendencia, trabajaba en el burdel de Diómedes, llamado “la Reina del Caribe”, desde que poseía recuerdo. Diómedes, el viejo, hacía de padre, abuelo y amante, rara vez contestaba preguntas a sus protegidas (las que, por lo demás, rara vez se las formulaban).

El Olonés, hijo, y la Tuna, sin comunicárselo oralmente, llegaron a la conclusión indiscutible de que debían resolver dos circunstancias: esconderse de las autoridades eclesiásticas y buscar alimento.

En la Calle Ancha, cerca del mercado, y la Calle El Milagro, podrían apertrecharse de un jurel, una corvina o una lisa cocida en hojas de bijao. Tuna le contó a Olanés acerca de Eduilena, la cantora, una vieja bruja que ejercía el arte de fumar el tabaco con la candela hacia dentro, leer la borra del café y preparar el mejor pescado de todas las costas antillanas conocidas. Y allá se aparecieron como dos benditos.

Eduilena, alcahueta y lujuriosa siempre, buscó un rincón para la pareja, les alimentó (cerciorándose de que los pesos que le daba el macho eran verdaderos mordiéndolos por un costado, aunque sudados y mal olientes) y entre el brillo tibio de las hojas de bijao, y la humedad de la cerveza en los labios, que la Tuna se limpiaba de vez en cuando con el dorso de la mano, entre risas y parloteo: la historia de Olanés hijo y la

del padre se hicieron presentes esa noche. Susurraba el marino su cuento a intervalos, en una jornada de cuerpo a cuerpo que resultó principesca, y que sorprendió sobremanera a la muchacha quien pensaba que ya había visto y sentido todo el haber en cuanto a humedades dentro y fuera, y en cuanto a maneras de ser palpada o de palpar con mano, palma y dorso, o lengua, punta y reverso, y con todo aquello pues, que los cuerpos de hombres y mujeres pueden y deben hacer desde que la historia es tal y es por tal.

Pero hablemos de lo que contaste Juan David, que de lo otro no hay manera de saber, real, si no es por mutis propio.

Dijo el Olonés ser hijo del otro filibustero, de distinguida estirpe, temido a todo lo largo y ancho de la costa del Caribe, y quien tuvo como cuartel general por siempre la isla de la Tortuga, cercana a Margarita, y a la pequeña Cubagua. Francés de origen, venía del poblado de Sables de Olonne, y de allí el apodo. Sus hazañas eran harto conocidas en la zona, por lo menos desde hacía dos generaciones y es por ello que Ana María, La Tuna, no tuvo más que estremecerse cuando escuchó a su amante remitirse al padre (cosa que a mí, como relator, me conmovió puesto que probaba que la amaba desde el primer instante, dado que se trataba de un pirata revelando a una desconocida su identidad verdadera). En la barra de “La Reina del Caribe”, las historias de Olonés padre eran patrimonio de cuanto marino por allí pasara, y ella había escuchado tales horrores del mismo, que ya nada podía sorprenderle al respecto. Había comenzado con una tripulación de veintinueve hombres por las costas de los cayos del Norte y había terminado por manejar a más de cuatrocientos filibusteros, y el verdadero terror de los bergantines españoles y de cuanta embarcación se atreviera a cruzar las aguas antillanas, era un solo nombre: el Olonés. Con su compañero: Miguel, el Vascongado, habían dirigido siete barcos con tripulación armada de pistolas, fusiles y mosquetes. Pueblo a donde llegaban era pueblo que perdía las

campanas de su iglesia, las que serían fundidas para vender el metal. El Olonés no mantenía prisioneros –si los haces prisioneros y sobreviven, se vengarán, decía. Prefería por tanto, degollar a los vencidos.

Juan David, hijo, relata en la semipenumbra del rancho a su nueva novia, que aquella actitud de sus padres tuvo origen en una antigua afrenta en tiempos de juventud, en una ocasión, en que, siendo parte de una primera tripulación filibustera, se había salvado de un asalto definitivo de un buque español, embadurnándose de sangre y haciéndose pasar por muerto, pero contemplando tras el disfraz, el proceso de degüello de cada uno de sus camaradas en manos de los victoriosos. Desde ese momento juró vengarse.

Ya a medio dormir, agotados por la jornada amorosa y hablando a media lengua, Juan David contó a la Tuna su propio origen: engendrado en el vientre de una nativa panameña, país en donde Olonés padre escalaba cada tanto, es su búsqueda anual del Cabo de la Gracia de Dios recordábale el hijo como padre lisonjero y tierno, quien traía regalos de escandalosa exhuberancia tanto a la madre como a él, en esporádicas pero cumplidoras visitas. Quedóse dormido el filibustero cuando comenzaba a relatar los pormenores de la desaparición de este padre amantísimo, y ella sólo alcanzó a escucharle algo relativo al encallar en un arrecife que obligó a la tripulación a descender en tierra firme y construir ranchos de materia costera, hasta que el solo día siguiente les daría las señales de lo que les deparaba el destino.

Volviendo entonces al Vicario y sus fieles deberíamos saber que éstos no tenían ahora mucho tiempo para averiguar ni idear castigo para quienes abandonasen el flagelo a medio camino, puesto que la cólera de Carlos III había traído consecuencias peores. Pero la desaparición de Ana María, alias la Tuna, afecta a alguien en particular aparte de algunos asiduos clientes de “La Reina del Caribe”. Hablemos de Diómedes, regente y señor de lugar, asiduo lector de François Villón, un fulano del

sigo XV, quien había escrito cosas extrañas, las que finalmente aparentaban ser premoniciones de todo lo que pasaba en “La Reina del Caribe”. Entre las cosas que añoraría la Tuna, de esa su casa, estarían esos poemas de Billón y el relato que solía hacerle Diómedes de la vida de Juana de Arco, con quien ella soñaba una y otra vez imaginándose en la escena de la quema pero con su propio rostro, mártir incomprendida para el futuro reconocimiento en la cúspide de la fama. En su presente con el Olonés pensó por un instante que Diómedes debía de estarla buscando, por la Calle de Mochila y la Calle Derecha, y la Calle del Aljibe de Los Olivos, y ella, tan de madrugada, iba ya vía al puerto, del brazo de su galán, quien la amaba desde la aventura de la noche, y que se disponía a embarcarla en su bergantín, vía Jamaica y para cuyo caso Eduilena le había prestado ropas masculinas (puesto que las leyes de piratería prohibían mujeres a bordo) y Juan David siempre ágil de inteligencia habíale cortado el cabello, pensando en hacerle pasar por su nuevo “hombre de confianza” frente a la marinería de la embarcación.

Pero he aquí que me correspondía, a mí, Cristóbal Martín, nativo de Tenerife y brujo, entrar en la escena, después de haber pasado toda la noche recostado de pared de bahareque del rancho de Eduilena, escuchando torturante gemido y diálogo, puesto que yo también había quedado prendido de la pequeña Tuna, habiéndola igualmente visto en aledaña procesión de flagelantes.

Resulta que mi ánimo está dividido: por un lado reconozco que había visto tiempos ha a la Tuna, mentada Ana María, que apenas lo he descubierto en la madrugada, por otro lado entiendo que no la había reconocido por no querer, quiero decir: que la sola posibilidad de verla convertida en razón de deseo para otro ha aumentado su valor frente a mis ojos... asunto de lo humano indescifrable. Conozco más de cerca de la Tuna, la conozco cerquísima y escuchándola mientras se revolcaba con el Olonés hijo, me ha producido extrema excitación lacerante

y memoria de mi propio contacto. ¿Quiero enfrenar al Olonés?, ¡en modo alguno!, no son mis métodos. A Diómedes debo alguna fidelidad de amigo, de historias de borrachera, de sentires nada terrenos. Un pensamiento me asalta: la Tuna no puede irse y dejar un pozo de ausencia al poeta de “La Reina del Caribe”. Inesperadamente el coraje me cobija y, sin que nadie me detenga, sin que yo me lo explique, me entrometo en el camino mismo de los dos amantes, los detengo. Juan David me arremete sorprendido, la Tuna tiene un gesto: —¿Qué pasa? Hablo aceleradamente y sin parar de Diómedes, de “La Reina del Caribe”, del Callejón de Brasil, de la Ciudad de los Muertos, de la Calle Derecha, del poema de Francois Billón al reino de Alejandro magno, de las hojas de bijao y de los flagelantes y no sé de cuántas cosas más!, hablo sin saber si me entienden, como si la Torre de Bable fuera mía, me la tomo mía, me tomo mía a la Tuna como si fuera su padre y Diómedes su abuelo, me tomo como mía a Maracaibo, a Gibraltar, a la mismísima Virgen de la Chiquinquirá. El Olonés me mira. Me entiende y no. Pero quiere salir del asunto. Pregusta dónde está el Diómedes ese. Y si el Billón lo acompaña, y que dos para uno es trampa, pregunta dónde queda “La Reina del Caribe” y quiere que lo lleve hasta allá. No sé ni cómo vamos caminando por la calle del Lago vía del puerto al burdel del poeta, hay sol en una mañana espléndida y hasta he olvidado que precisamente hace meses que no llueve. Pero comienza una llovizna como gratuita, y vendrá el arco iris, se me ocurre. Casi toco el pulso de Juan David Nau, es sangre que golpea, va al ritmo rápido de su caminata, ella, la Tuna, al otro lado. Siento que me gusta esta mujer, que estoy loco por ella. Ella camina sin importarle nada. Pasamos la calle del mercado. Mujeres con cestas gigantescas sobre la cabeza, venden corvina, bocachico, lisa... grandes racimos de plátano colocan el verde que contrasta con el azul de la laguna. Si no fuera por la garúa parece que nada hubiera ocurrido anoche. Los soldados del Gobernador pasean en su ronda normal. Llegan piraguas del otro lado

de la laguna, trayendo mercancía, hay movimiento en el puerto y todos disfrutan de la llovizna, hasta los colores del arco iris pueden distinguirse. Aroma de especias y de sol, hasta de ron bueno y guayaba, plátano maduro, pescado fresco, Todo acompaña este paso acelerado del hombre y la mujer, a mi lado. Estoy a punto de arrepentirme.

Soy orgulloso. Sé reconocer cuándo estoy realizando un acto donde es mi única voluntad lo que capea, la fuerza me ilumina y me señala que detrás de este día mi destino cambiará. Sé acatar tales dictámenes. Voy hacia mi futuro, No importa cuál sea.

Hemos llegado a “La Reina del Caribe”, Diómedes no está. Camila, Artemisa y Tibisay merodean por la entrada, Miran a la Tuna con extrañeza.

—Te hacíamos muerta a palos, dijo una de ellas. La Tuna no se inmutó. Entró a buscar sus cosas y regresó con ellas: un hatillo informe con ropa y algún recuerdo del que tuve conocimiento más tarde.

Insistí en preguntar por Diómedes, tenía que justificar de alguna forma, para seguridad de Olonés hijo, el viaje hasta el lugar. Las mujeres nos miraban extrañadas. La Tibisay dio un paso adelante: -Le dijeron que el Olonés hijo, lo andaba buscando... y se escondió.

—¿No saben dónde? Preguntó Juan David. Nadie respondió esta vez.

El Olonés había mandado un heraldo de sus hombres de la goleta “Flor de un día”, para notificar que lo esperaran pues había decidido reclutar algunos nuevos refuerzos para la Empresa de las Bahamas. Con ello se daba a sí mismo y a Diómedes, tiempo para resolver el asunto, que se había convertido en razón ética para continuar la vida de ambos. Lo buscábamos por cielo y tierra. Diómedes no apareció.

El Olonés con el transcurso del día, la preguntadera, la fuerte resolana, las caminatas, la intromisión entre gentes y asuntos que le resultaban ajenos, el apremio por sus negocios propios, ha llegado, con la caída de la tarde, al borde del desespero (lo que en él se traduce en rabia

profunda, en violencia, y las venas sobresalen a lo largo y ancho de su piel, de su frente, como culebrillas azules).

Me detiene su garra, su mano encrispada agarra de un envión mi propio hombro delgado cuando vamos pasando por la puerta principal del templo de San Felipe. La Tuna nos mira asustada, en el transcurso del día se ha dado entre nosotros una extraña complicidad, me doy cuenta de que le teme al Olonés, lo ama pero le teme, lo quiere su protector pero le teme, la paisanería en cambio nos ha hermanado frente a este hombre, a quien yo también he comenzado a temer. El aspecto del susodicho no es para menos. Al detenerse se emplaza en la cara, con su acento caribeño. Dice que no sigue, que no entiende la búsqueda, y que me reta a sustituir a Diómedes. Me quedo de una pieza, el que el Olonés quiere endilgarme.

Parece ser que se trata ahora de un asunto de honor del pirata. Las cartas están echadas, yo debo pelear con él. Nos trasladamos a la cañada de Brasil, en las cercanías de “La Reina del Caribe”. Estoy extenuado pero me sostiene la fuerza del destino, igual que a Tuna. Ahora sé que ella era capaz de acatar las mismas visiones: también sabía de nuestro mutuo destino al lado del Olonés.

Juan David escogió el sitio, ya llegando al lugar me hizo amarrar la siniestra, en la diestra sostendríamos las dagas. Antes que testigos y padrinos del vecindario nos soltasen para empezar aquel peculiar duelo, el Olonés estableció una premisa juramental: -Uno de los dos debía morir. El vencedor tenía derecho a perdonar la vida del otro sólo cambiando la muerte por el servicio y vasallaje, hasta que circunstancia peculiar se produjera y el victimario le salvara la vida al vencedor, sólo así se concedería el perdón. Me empujó, dando por entendido el trato y la pelea comenzó.

No tengo conciencia del número de horas, minutos o segundos que duró aquello. Desde el inicio mismo ya sabíame víctima final, y me

encomendaba a la Virgen de la Chiquinquirá haciendo acto de contrición con todos mis pecados a cuestas. Entre gritos y ovaciones me recuerdo caer al piso, cuerpo reptante, el Olonés sobre mí, en su mano fuerte y firme la daga cortante, cerré los ojos. El Olonés habló entonces, me perdonaba la vida, me condenaba a seguirle, pero debía castigarme de una manera que yo no olvidara nunca mi cometido, despojándome de una parte de mí mismo que yo sustituyera con su propia presencia, entonces: mutiló mi mano izquierda, Sí, ahora sabes de donde viene esta carnecita, el porqué del muñón y el garfio que tan diestramente, con el tiempo, aprendí a manejar.

La gente nos miraba con terror, debo haberme desmayado por el dolor, al despertarme tenía a la Tuna a mi lado, untándome no sé qué cosa, el muñón envuelto entre trapos extraídos de su hatillo, y mi mano tirada en la tierra. Me dijo que tuviera fuerzas y me dio a beber un cocuy obscuro. El Olonés nos miraba, de pie. Nunca podré olvidar el dolor y mi deseo de dejarme caer paso a paso. La Tuna, llevaba entre sus manos la mía, y delante caminaba Juan David, quien se detenía a cada tanto y hablaba a alguno, luego supe que pidiendo orientación para llegar al lugar escogido. Finalmente estábamos frente al olivo de Buena Vista, el gran olivo despedía sus ramas a diestra y siniestra. Juan David con una pala cayó al pie del árbol y yo me dejé caer a tierra y dormí lo que pude, la Tuna insistía con la botella en mi boca en que sorbiera el cocuy. Supe que mi mano izquierda fe enterrada allí, y ahora sabes también de la relación entre eso y las imágenes fantasmagóricas de ese miembro que cuentan los lugareños algunas noches golpea puertas y asume tareas justicieras en la zona, que se ha vuelto figura de santidad y temeridad entre los marabinos todos. Yo vine a tener noticia de ello años más tarde.

No descansamos, había que llegar a “Flor de un día”, la goleta cuya tripulación esperaba al Olonés con ansiedad. Entre los dos me llevaban casi a rastras. Al día siguiente, cuando recuperé la razón, supe que el varonil

disfraz de la Tuna había tenido éxito, y de mi papel en el disimulo del secreto. Para la tripulación se llamaba José María, el mudo, y efectivamente, no hablaba. El (ella) y yo, éramos los nuevos integrantes de la escuadra de filibusteros que comandaba Juan David Nau, el Olonés, hijo.

Zarpamos. “Flor de un día” era un bergantín con cuarenta hombres (cuarenta y dos ahora), y fuimos rumbo a Nueva Espada o Cabo del Engaño a encontrarnos con el capitán Mendieta, un pirata habanero muy ducho en su arte, con quien el Olonés había planificado el asalto a una flota inglesa en la vía de Las Bahamas.

Largos días de navegación, sobre el mar Caribe un incandescente sol que transformaba nuestro ánimo. Llegamos a Cabo del Engaño en Santo Domingo, y ya junto a la embarcación de Mendieta nos dimos a la caza de la flota inglesa: once bajeles por ciento veinte hombres quienes fueron decapitados uno a uno: el hijo del Olonés respetaba las leyes de su padre... Dimos la vuelta a Las Bahamas para entrar en Cuba, en donde Mendieta vendería el botín. Estuvimos días en Marianao, en los cuales la Tuna y yo tuvimos tiempo para intimidar en cuidados mutuos. Pero ya éramos otros. Maracaibo era un recuerdo que tendíamos a idealizar, ya lo sabía pero era como la infancia: como la tajada dulce que se nos había perdido en algún lugar del mundo. Nuestro presente era el de ser perseguidos de la justicia, por mi cabeza y la de José María (la Tuna) ya ofrecían grandes cantidades de pesos (nunca igualables por supuesto a las sumas que ofrecían por la de Mendieta o la del Olonés).

La Tuna sabía pelear con destreza desde antes, aprendió en “La Reina del Caribe”, pero Juan David le enseñó artes varoniles en el gesto de la lucha que ella combinaba bien con su propio conocimiento. Se convirtió en un personaje temido por la misma tripulación, lo que impedía que la molestasen demasiado por su “amaneramiento” No dejaba de resultar extraño su aspecto de adolescente afectado. Pero tenía coraje y prestancia.

Yo no me le quedaba muy atrás. El garfio que Juan David me hizo colocar en el muñón se convirtió en un arma mortífera. Nos respetaban.

Aprendimos las tácticas de pirata más comunes: llegar intempestivamente, rodear las bandas laterales de las fortalezas costaneras, obligarles a abrirnos las puertas de las puertas de la ciudad, tomar rehenes por escasa horas, cobrar botín, y si nos es pagado degollar a los prisioneros.

Entre una victoria y otra vivíamos: enfermedades, fiebres selváticas, pestes, perdíamos hombres y recuperábamos nueva flota en el asalto siguiente con los mismos cautivos. Pocas debilidades le vi a la Tuna: era de hierro y de oro al mismo tiempo. Nunca la entendí. Pero era su amigo, el único. Su relación con el Olonés era cada vez más la que se puede tener con un animal, sin palabras, sin mayores gestos, y la certeza, ¡eso sí!, de que se jugarían la cabeza uno por el otro. Los tres éramos inseparables. Yo poseía las palabras, el sentido, su sonido, ella estaba muda, y él era: la sensualidad. La fuerza por delante, el tacto sobre el mundo. Con una larga navaja y la daga me encargaba de que su cabello estuviera siempre muy corto, más que el de los hombres de la tripulación. Ella bebía mejor que los machos, eso también lo aprendió en “La Reina del Caribe”, y sabía de hierbajos y pócimas (se lo enseñó la vieja Eduilena). Con frecuencia le tocó encargarse de la artillería, y entonces sus dedos pequeños y menudos sostenían el plomo de los cañones con una habilidad asombrosa que le ganaba la inmediata obediencia de los cañoneros. Yo la veía poco a poco más callada aún (hablábamos sólo secretamente, pero hubo ya un tiempo en el que ni siquiera eso), sigilosa, triste. Pero supe siempre que no distinguía entre los propios estados de ánimo. Estaba incorporada a la vida y peleaba contra la muerte, así de sencillo.

Mendieta nos abandonó una madrugada. El día anterior habíamos asaltado un convoy holandés que navegaba frente a las costas de Martinica, con cuatro mil libras de plata, joyas y brocados. Agotados después

de cuatro horas de combate habíamos decidido repartir el botín al día siguiente. Mendieta se lo llevó todo. Y también a la mitad de nuestros hombres. Se había regado entre la tripulación que Juan David había contraído la fiebre y que moriría, los hombres querían ser ricos, nos serviría un cadáver para conducirlos a esa quimera. Se quedaron los más viejos a nuestro lado, los más fieles.

Juan David deliró día y noche. José María, la Tuna, no podía separarse de su cabecera. En el delirio contó un sueño o algo que pensamos lo era: su padre incendiaba una ciudad, justamente Gibraltar, le había prometido fuego a los moradores si no aparecía el oro y la plata. Las llamas se esparcían y en medio de ellas, en un alto de la colina la Tuna estaba amarrada a un mástil, y sus ojos aterrados nos mostraban el alcance del dolor, en la descripción del traje supimos que se trataba de Juana de Arco en la hoguera (la Tuna conservaba como último despojo de su hatillo de Maracaibo, una estampita de la Santa Juana que le había regalado Diómedes en una ocasión). Juan David pide a la Tuna que le dé de comer corvina en hojas de bijao. Está curado, la fiebre ha desaparecido.

Pero los males no terminan allí, un huracán esa misma noche arrastra el barco hacia el Golfo de Darién, malos presagios. Juan David sabe que allí murió su padre. Se ha mojado la pólvora que quedaba, la tripulación está desmoralizada, no hay fragata que navegue cerca y estamos quebrados. De esto han comido nuestros filibusteros... y no les gusta.

Logramos pasar el archipiélago de las Mulatas y alcanzar Puerto Manzanillo, ya el Olonés hijo camina sobre cubierta. Ese lugar le recuerda a su madre. Los piratas están extraños, ahora no sólo desconfían de su fuerza para conducirlos al próximo asalto, sino que chismean, hacen comentarios por lo bajo acerca de ese su “hombrecillo de confianza”, José María sigue despertando dudas. Incitan a la Tuna a una pelea, no hay remedio, ella debe batirse cuerpo a cuerpo con el más brutal de todos, un tal Centurión, que siempre la miró de reojo.

Tuna entra en la bodega y trato de seguirla, se acomoda el bulto dentro de la funda del pantalón que simula el sexo, la veo dudar por primera vez en mi vida. Voltea, me mira, no puede sonreír. Subimos, daga y paño en manos. Ella se envuelve la siniestra y con la diestra y la daga se cuadra frente al Centurión. Ocurre algo inesperado. Juan David hace un gesto y detiene el inicio del combate. Todos los de tripulación lo miramos. La Tuna le frunce el ceño, siento que ella da una orden, todo se detiene unos segundos. No tengo recuerdo de mayor ternura entre Juan David y la Tuna que ese. Allí supe que realmente debía amarla y ella a él. El combate comenzó. Fue largo y mañoso, la Tuna venció no sé cómo, cortó el corpachón gigantesco de Centurión. Pero él le cruzó el rostro con su daga, y desde entonces para siempre una línea oscura dividió los dos ojos hermosos de Ana María, la Tuna, alias José María, esas dos lámparas tristes que aún me alumbran en sueños cuando hay noches de poca luna.

Logramos una pequeña victoria después; un galeón español. Tuvimos aceitunas y carne salada, pan blanco y vinos, y hasta cacao para vender al Gobernador de La Tortuga.

La Tuna empezó a disimular el peso de una repentina preñez con las camisas de Juan David. Yo temía un gesto, una mirada, cualquier cosa frente a los tripulantes que delataría a una futura madre entre nosotros, pero ella, enmudecida y sigilosa, se aislaba. Si no la necesitábamos para combate, fiesta o borrachera.

En una temporada encallamos en el arrecife y nos tocó de día salir a tierra firme a cazar monos y papagayos para el alimento, en la noche trabajamos en la lenta salida del barco de ese acantilado, la vi solitaria y me acerqué: cantaba una canción de cuna, pensé que perdía la razón, pero al ver acercarse a otro filibustero enmudeció de nuevo.

Logramos sacar el barco y nos dirigimos a Honduras, Juan David tenía en mente viajar hasta el Puerto de la Gracia de Dios, en un sueño

de buscar la ciudad perdida de la que tanto hablaba su padre. Hicimos estación en San Juan del Norte y allí... sobrevino la desgracia.

Un correo nos seguía, habían avisado a la escuadra española de nuestro paradero, éramos una presa codiciada hacía bastante tiempo. Galeones de Punta Gorda y Limón, con tripulaciones armadas hasta los dientes vinieron a nuestro asalto. Y a la Tuna se le ocurrió parirte en esa triste noche.

En medio de la emboscada yo asistí ese parto, aún guardo la daga con la que corté el cordón que te unía a tu madre. Ella me pidió agonizante que te salvara, te escondí entre trapos y te saqué de allí. Logré tierra firme. El asalto a nuestro bergantín no pudo ser más sangriento. Me oculté durante la noche en la misma costa, entre los matorrales y al día siguiente caminé y caminé, estaba en territorio de Costa Rica.

El destino de la Tuna y Juan David, hijo del Olonés, no pudo ser peor. Fueron desnudados y degollados. Sus cabezas expuestas por días en el propio puerto público de San Juan del Norte, y luego lo restante lanzado a los tiburones en señal aleccionadora.

Contigo cargué. Fui “todero” de una sola mano en Guapiles, Martina, Heredia, Alajuela. Me mantuve en los puertos, tú lo sabes, no sé vivir sin mirar el mar. Cargué mercancías, limpié cubiertas, aprendí a bajar la cabeza a su hora. Hice contigo lo que pude, perdona si no lo supe hacer mejor. Soñaba con volver a este Golfo de Coquivacoa, a Punta de Gallinas, Punta Espada, Castillete, Paraguaipoa, Sinamaica, San Rafael, Mara, Maracaibo. Quería venir a morir aquí. Y ya tú ves... Algunos deseos se ayudan solos. Ahora lo sabes todo, y yo puedo dejar tranquilo que me lleven al Redondo o al Cuadrado, o al mismísimo Corazón de Jesús. Ahora entiendo cuáles son los bajones del corazón que no se cuentan.

Capítulo I

De cómo el hijo del pirata y la Tuna comienzan a vivir su propio destino. De enamoramiento a primera vista y de inicios como orfebre y pardo

Eran los días de la muerte de Carlos III de España. Por orden expresa de la Corona en sus colonias debía guardarse luto riguroso, todos los vecinos debían vestir de negro cerrado. El Pendón Real estaba en la Plaza Central y teñían las campanas de las iglesias.

Gerardo, con el luto exigido, había salido muy temprano de casa con la encomienda de visitar al orfebre más conocido de la ciudad. Llevaba carta de su padre adoptivo y tutor: Don Cristóbal Martín, quien insistía en preparar debidamente al muchacho, para no dejarlo sin amparo, seguro de que su propia muerte se aproximaba.

Gerardo en el camino observaba a las mujeres, quienes en grupos de tres y cuatro se dirigían a cumplir con los oficios religiosos. Se vestían de negro, como lo mandaba la ordenanza real, pero los de las blancas eran de raso y los de las mestizas de tafetán o lanilla. Todas cubiertas con velos de encajes que dificultaban distinguir los detalles de los rostros, permitiendo sin embargo presentir sus miradas esquivas en cuanto percibían la atención de los ojos de los caballeros en ellas.

Gerardo es un pardo. Su nariz es perfilada, el profundo oscuro de sus cabellos contrasta con la refulgencia de su piel, tiene un porte de elegancia natural en el que influye una espalda recta y ancha y un caminar

desenvuelto y pausado. Se sabe mirado y esquiva esas miradas con timidez. Al atravesar la plaza una presencia se convierte en imán de sus ojos, es una joven quien ha pasado a su lado aceleradamente rozándolo con el borde de su falda.

Un relámpago paralizador se ha producido entre los dos por segundos escasos, luego ella ha corrido para reunirse con otras damas, quienes parecen esperarle en un costado de la Capilla de Santa Bárbara.

Los ojos de Gerardo siguen prendidos de la espalda y la cintura de ella, y como si todo hubiera sido poco la damita, al llegar al lugar de las otras da vuelta a su cabeza y lo mira una vez más, dejándolo poco menos que a punto de desmayo.

Gerardo piensa que se trata de una señal aprobatoria, o casi no lo piensa, porque las muchachas en conjunto acaban de entrar a la capilla.

El muchacho no sabe si continuar su camino original a casa del orfebre o entrar a la Capilla él también, opta por esto último.

Ya en el templo descubre que las damas hace tiempo le llevan cierta distancia. Ellas tienen el paso cauteloso propio de estos lugares, Gerardo puede alcanzarlas si lo desea. Pero él prefiere mirarlas desde lejos. Van todas frente al altar mayor, sobre él hay un retablo de madera con filetes dorados muy finos, el centro del retablo es el Sagrario. Las señoritas hacen una inclinación para persignarse, pero, Gerardo, quien va de un asombro a otro, nota que aquella que es motivo de su zozobra se separa del grupo para dirigirse a un retrato de la Beatísima Trinidad en un lugar opuesto al altar, se persigna con la inclinación debida y voltea con sigilo con el rabillo del ojo a mirar a nuestro héroe.

Él, la mira entonces y ella sostiene esa mirada, una de las damas que le acompañan la llama con una seña de su mano desde el altar mayor, le dirige unas palabras que Gerardo no logra entender aunque escucha el acento francés en ellas (lengua a la que Gerardo se familiariza más día

a día por enseñanza de Doña Solange, la que podría decirse su tutora). La muchacha obedece la voz de quien podría ser su institutriz, su madre o una tía.

Gerardo decide sentarse en una de las bancas de la Capilla desde donde puede seguir mirando a las damas, una profunda sensación lo lleva a arrodillarse, un suspiro es la señal que define el estado de desasosiego que le inspira la presencia misma de la damita en aquel lugar santo, sigue sin separar la vista de aquel rostro blanco entre negros vestidos y velos. El muchacho contempla ahora, tratando de recuperar la calma, las paredes de mampostería, los techos, por el exterior de tejas y aquí dentro apoyados en tablas de madera y vigas.

El lugar del coro ocupa todo el ancho de la nave. Los frescos en las paredes cuentan escenas religiosas. Gerardo ahora se pone de pie, la muchacha permanece arrodillada frente al altar mayor. Él recuerda su diligencia y decide salir por la puerta principal de la Capilla. Ya en la calle no puede olvidar los grandes ojos almendrados de aquella muchacha, con su mirada casi retadora.

Gerardo llega finalmente a casa de Don Antonio de Arfe, en la pared de la fachada destella una placa en donde puede leerse: “*Don Antonio de Arfe, Orfebre, a su servicio y el de su majestad, el Rey de España*”.

El joven toca la aldaba tres veces y viene a abrirle, muy circunspecta y con un delantal reluciente de blanco, una criada negra de unos veinte años, Gerardo le entrega el pergamino que ha enviado Don Cristóbal Martín y ella desaparece por el corredor con tal encomienda.

Pasados unos minutos viene a recibir al muchacho un recio señor, con grandes bigotes pelirrojos, quien le trata con cordialidad e inicia el diálogo preguntando por su entrañable amigo Don Cristóbal.

Gerardo es luego conducido por un largo corredor al Taller de Orfebrería de Don Antonio. Allí se sientan los dos en cómodas butacas de

madera labrada y procede el caballero a preguntar a Gerardo sobre su interés por el oficio de orfebre, las horas pasan amigablemente en una conversación llevada por Don Antonio en la cual Gerardo descubre la pasión del artesano por su oficio y el orgullo naciente de éste de tomarlo como aprendiz, impresionado por la humildad, el buen lenguaje y las maneras del muchacho.

En la conversación se habla de Santiago de Compostela, Sevilla y Valladolid, lugares en donde Don Antonio aprendió el oficio.

Gerardo escucha sorprendido contemplando el brillo de los lingotes de oro, las láminas de plata y el resplandor que sale del horno. Cuando sus se acostumbran a la iluminación del lugar descubre los rasgos de otros rostros juveniles como el suyo, pertenecen a quienes con delantales puestos y pequeñas herramientas en mano, se dedican a su trabajo con delicado ahínco. Sabe que son sus compañeros en la nueva etapa de su vida como aprendiz de orfebre, son: Oscar Montaban, Vicente Dávila y Ricardo Palacios.

Muy pronto conocerá la buena opinión que tienen los muchachos del Maestro, hombre justo y protector aunque fiel devoto a sus majestades de España y por lo tanto enemigo a carta cabal de las nuevas ideas venidas de ultramar.

Gerardo sale de la casa de Don Antonio iniciada la tarde, su cabeza llena de ideas coloca muchas palabras el acción, pero, al pasar frente a la Capilla de Santa Bárbara la imagen de la joven descubierta en la mañana se enciende, y el muchacho entra al templo con el deseo de reencontrarla, por supuesto, no tiene éxito, y aún así la alegría de su corazón impregna hasta el luto que ve por todas partes, dedicado a las exequias de Carlos III.

Capítulo II

De lo acaecido a don Cristóbal Martín, de reuniones secretas, rebeliones, amistades, gratas compañías y otros descubrimientos

Gerardo es recibido en las proximidades del zaguán por Juvencia, la criada, y el solo hecho de verla de pie allí esperándole le hace presentir oscuras noticias. Se trata de la gravedad del enfermo, Gerardo acelera sus pasos hacia la habitación de Don Cristóbal Martín.

Atraviesa el corredor poblado de plantas aromáticas sin verlo, sin olfatearlo, un sobresalto tiembla en su interior. Entra a la habitación y Doña Solange está acomodando la almohada bajo la cabeza de Don Cristóbal, hay en el rostro pálido del enfermo una actitud resignada. Gerardo se acerca y la mujer le deja el lugar a la cabecera de la cama. Juvencia y Cleobaldo contemplan la escena desde la puerta. En la mesita de noche descansan los frascos que han servido para preparar las ventosas en la espalda de Don Cristóbal por largos días, con una estampa de San Jorge pisando al dragón, un ramo de flores de azafrán y dos azucenas, las que, al reflejarse en el espejo de la pared parecen multiplicar su imagen y su aroma.

Gerardo acaricia la cabeza de su padre adoptivo, ahora con muy escasos cabellos, se ha sentado en la cama y con su mirada de ternura y conmoción retiene las palabras. Don Cristóbal parece reconocerlo un instante, y desde un lugar lejano le sonrío, es posible que su mente viaje

por el barco de piratas en el que pasó la mayor parte de su vida, al lado de la Tuna, la que fuera la madre de Gerardo, cuya historia fue lo último que comunicó en estado consciente al muchacho. Gerardo oprime la mano del hombre que descansa sobre la sábana y cree sentir a su vez una leve presión de la suya.

La cabeza sobre el regazo va perdiendo compostura sin que los ojos pierdan fijeza de mirada, pero la presión de la mano afloja, y el cuello de Cristóbal cae.

Gerardo contiene los sollozos mientras levanta su mano y cierra los ojos de su padre adoptivo.

Doña Solange roza su hombro y le acerca una butaca de mimbre al lado de la cama, el muchacho obedece y la señora se sienta a su lado.

Doña Solange hace un gesto a Cleobaldo y susurra a su oído las órdenes para que se hagan los arreglos del caso. Juvencia ha traído dos cirios encendidos y los coloca a los lados de la cama.

Con el paisaje azul del Lago de Maracaibo al fondo, viendo las estrellas desde la gran ventana abierta sobre la cama, la Doña y el muchacho dejan fluir su dolor ante la ausencia nueva de quien les acompañó a ambos de distinta manera.

El funeral de Don Cristóbal Martín fue muy sencillo, el cortejo reducido se componía de amigos íntimos y la familia: Doña Solange, Gerardo, y los sirvientes: Juvencia y Cleobaldo.

Don Antonio Arfe y los aprendices: Oscar, Vicente y Ricardo estuvieron también acompañándoles. El sol inclemente del mediodía marcaba las horas.

El regreso a casa después de la ceremonia en el cementerio fue particularmente silencioso.

Ahora correspondía a Gerardo Aquiles guardar los que constituyeron los pocos bienes de su tutor. Con sorpresa al abrir la mesita de noche, Gerardo encontró lo que parecía ser una lista elaborada en puño y letra de Don Cristóbal, en la cual éste no solo hacía cuenta de los objetos que poseía sino que además les adjudicaba posibles precios equivalentes. La lista decía lo siguiente:

“Bienes dejados a la muerte de Cristóbal Martín:

Tres pares de hebillas de plata con peso de 12 onzas a 5 reales.

Una vinagrera de plata con incrustaciones en oro con precio de 4 pesos.

Un espadín de oro con un valor de 5 pesos.

Una cajita para polvos labrada de plata con un valor de 1 peso.

Una diadema, herencia de su madre, cuyo valor no puede medirse en moneda alguna.

Una bolsa con las herramientas necesarias para la labor de platería (las que le fueron otorgadas a raíz de haber trabajado durante seis años para el maestro platero Jacobo José de la Caridad Vásquez Coronado, Maestro de maestros, de quien aprendiera el oficio).

Seis trajes de los cuales Gerardo debe elegir los que querrá conservar para sí y los que tendrá a bien entregar a Cleobaldo o a alguno que lo requiera.

Y con todo esto: mi bendición porque su vida sea próspera y le dé alegría y reposo.

Firmado:

Su Amante Padre: Cristóbal Martín.”

Gerardo terminó de leer el manuscrito con lágrimas en sus ojos, le conmovía sentir como Don Cristóbal había pensado en él hasta en los últimos instantes. Mostró aquel documento a Doña Solange quien le dejó saber que ella lo conocía con anterioridad y le enseñó organizadamente tales bienes.

Ella además le hizo saber que podía permanecer en esa su casa hasta que lo deseara, lo que podía ser para siempre.

A esta casona de Maracaibo había llegado Gerardo con su padre adoptivo hacía unos meses, Cristóbal Martín habíale manifestado su deseo de morir en este pueblo, y su afán por llegar a él había sido el centro de su vida los últimos dos años. La mansión en cuestión pertenecía a una familia de cierto abolengo en el pasado, canarios y franceses con espíritu de aventura quienes habían venido a asentarse en tierra americana, desde las primeras épocas del cacao. Vivieron los tiempos de la Compañía Guipuzcoana, aquella a la cual Felipe V había entregado todas las concesiones comerciales de la Corona, y quienes, bien instalados en las provincias, eran responsables de los mayores desmanes conocidos, despojando a los agricultores independientes de toda posibilidad de desarrollo. Recientemente, para 1784, el rey Carlos III había decretado la disolución de la Guipuzcoana y roto así el monopolio en el comercio con las colonias.

La antigua fortuna de los progenitores de Doña Solange ya estaba en franco deterioro para la época. Su poder se había basado justamente en el cultivo del cacao, y habían tenido que enfrentar a la Compañía, muchos conflictos habían ido no solo diezmando la fortuna financiera sino también acabando con los miembros de la familia al punto de que era Doña Solange la única heredera. La casa revelaba las condiciones propias de su abolengo, con corredores con columnas y arcos a la manera de los moros y patios interiores sembrados de flores aromáticas, jazmines, rosas, treyolías, nomeolvides, paredes gruesas de barro cocido y caña brava, techos con tejas de arcilla, algunas de las paredes principales lucían un atractivo friso estampado. Cuando Doña Solange vino a habitar esta casa tenía solo 6 años de edad, y disfrutaba con felicidad plena la presencia de padres y hermanos. Hoy día la casa con sus múltiples habitaciones y corredores seguía teniendo para ella especial encanto

aunque no estuvieran las presencias queridas de antaño. De algún modo todo ese mundo de su historia estaba allí para ella. Veneraba la memoria de su padre: Alonso Rincón y Portales, y la amplia biblioteca era el lugar en donde más tiempo permanecía en el transcurrir del día, experta en filosofía, en costumbres y sutilezas, Doña Solange resultaba una extraña combinación de mujer instruida, como pocas en su época, y maternal cuidadora de todos, para Gerardo ella representaba un misterio, la admiraba y respetaba, al mismo tiempo sentía ternura por su soledad y curiosidad por todo lo que desconocía de esta mujer.

La veía rodeada de su casa, grata hasta en aromas, colores, atmósferas. La deliciosa sensibilidad de la Doña la llevaba a la admiración por lo pequeño y lo grande de la vida y la naturaleza. Por otra parte, no eran Cristóbal y Gerardo los únicos viajeros a quienes ella diera acogida, estaba entre las costumbres de la señora el proteger a viajeros necesitados, y personajes de misteriosa circunstancia. Se comentaba en la ciudad, y no sin razón, que Doña Solange estaba ligada a ciertas ideas revolucionarias que llegaban de Europa y Norteamérica, una maraña cuyos hilos comenzaban a salir de la madeja para llegar a las colonias de España en América.

Empezaba Gerardo a comprender el papel que los libros tenían en todo esto, al escuchar las conversaciones de algunas de esas reuniones de “amigos” que celebraba Doña Solange.

Al muchacho le daba por pensar en los miles de secretos que la señora debía guardar en los cajones de los gaveteros que había por toda la casa, libros, papeles y sobres con correspondencia.

Le llamaba poderosamente la atención al joven la erudición de aquella mujer puesta ya de manifiesto en aquellas conversaciones entre ella y su finado tutor, Don Cristóbal Martín, ambos habían nacido en las Islas Canarias. Hermanados en el diálogo rebasaban en creces sus fronteras, y dejaban traslucir algunas informaciones, con el misterio de lo secreto,

Gerardo tenía la sensación de que encerraban algo secreto y peligroso que estaba por venir.

Gerardo esperó algunos días para revisar los trajes, cada uno de ellos le recordaba la presencia viva de Don Cristóbal, sus maneras, sus gestos, las situaciones que habían vivido juntos... El relato que le había hecho para explicarle su origen finalmente había establecido un sello entre los dos. Gerardo con frecuencia pensaba ahora en cómo Cristóbal Martín había podido guardar ese secreto por tan largo tiempo sólo en el afán de protegerle. Un universo de cosas, personas y situaciones se movían ahora en su cabeza, tratando de imaginar a su padre, el pirata Juan David Nau, hijo del terrible Olonés, y a su madre La Tuna, en la convulsión misma de sus vidas sin descanso.

Pensaba sobretodo en el propio Cristóbal Martín, despojado de una mano, manco desde hacía tanto, pero diestro para cualquier cosa necesaria para la propia supervivencia, además había mostrado preocupación por enseñarle a él todo lo que sabía, posiblemente con la angustia de entender que le dejaría solo en el mundo, a su entera suerte.

Necesitaba ahora distraerse de ese dolor de la ausencia y lo hizo concentrándose lo más posible en las enseñanzas del maestro orfebre Don Antonio.

Muy temprano, en la madrugada, se levantaba para dirigirse presto al taller. Muy pronto ganó el cariño y la admiración de sus compañeros, quienes se acostumbraron a sus largos silencios, a su reserva de carácter.

Entre las cosas que aprendía estaba la de las obligaciones establecidas por la Corona Española con relación a los maestros orfebres y sus alumnos. Un trabajo tan delicado que consistía en el manipuleo de piedras y metales preciosos tenía ciertas exigencias especiales, por ejemplo, el tiempo establecido para que un aprendiz diera por conocido el oficio era de seis años, y el maestro debería darle hospedaje, alimento y un traje para

vestir, el otorgamiento del legajo de herramientas constituía la aprobación definitiva de su pericia en el oficio. Ahora comprendía por qué la herencia de las herramientas de su padre adoptivo era tan importante.

Pasado un mes, Gerardo volvió a ver los trajes de Don Cristóbal. Un domingo, ya sereno con sus pensamientos, comenzó a ponerse uno a uno ante el espejo, recordó con afecto grande la figura delgada de Cristóbal, quien lo superaba en estatura, pero en los últimos tiempos había ido encorvándose como un árbol doblado por el viento. Gerardo, tenía un cuerpo bien proporcionado, flexible y fuerte, aquellos trajes podían servirle con arreglos aquí y acuyá.

Doña Solange lo observaba en aquellos afanes y decidió invitarlo a un paseo a la plaza so pretexto para conducirlo directamente a una casa de sastrería sin que el muchacho tuviera tiempo para hacer oposición.

Antes de que la timidez de Gerardo lo llevara a rechazar la invitación ya se encontraba ante el espejo del sastre y éste le tomaba las medidas haciendo notas en un cuadernillo. La Doña se ocupó de elegir telas, modas, diseños, y para distraerlo le habló de los vientos marinos, de los árboles, de las nubes, de la música, cuando salieron de allí el sastre tenía todo en regla para ser recogido la siguiente semana.

Gerardo recibía pues los cuidados de Doña Solange, quien no había tenido hijos, como si fuera uno de ellos.

Una tarde en que ambos tomaban limonadas en el jardín de flores de malabar y aves del paraíso, Gerardo decidió satisfacer una vieja curiosidad, le pidió a Doña Solange le relatara cómo había conocido a Cristóbal Martín. Pensaba el muchacho que ello serviría de pretexto para que su benefactora contara también sobre ella misma, cosa que le intrigaba a Gerardo en demasía, una mujer que sabía leer y escribir y tenía tanto conocimiento del mundo y de sus hechos, tenía que tener una historia especial.

Doña Solange estaba de muy buen humor, y el paisaje del Lago se prestaba especialmente esa tarde para brindar escenografía a sus palabras. Comenzó su relato sin grandes prólogos.

—Mi padre, como me has escuchado contar en otras oportunidades, vino a estas colonias como enviado de la Corona, a cumplir con un cargo administrativo de mando. Pero era un hombre de corazón justo y no miraba con buenos ojos los actos que aquí se cometían. Existía entonces la Compañía Guipuzcoana, disuelta hace apenas cinco años, esta tenía el monopolio de todo el comercio y los hacendados agricultores estaban obligados a vender sus productos solo a ella, los funcionarios de la Compañía eran despóticos y cometieron muchas crueldades a nombre de la Corona. Y podemos decir que fue la responsable de que muchos hijos de españoles como mis hermanos y yo, empezáramos a pensar en la necesidad de defender lo nuestro como distinto a lo venido de la Península, para salvar nuestros bienes de fortuna de las trampas de la Guipuzcoana. Hacendados, como mi padre después de declinar a su cargo, vivían del cultivo del cacao, el café, el tabaco y otros huertos, víctimas de la Compañía, se sumaron al descontento, apegados a estas tierras.

Mis hermanos crecieron como hombres de esta Provincia aunque habían nacido en España. Pedro y Pablo tuvieron una buena formación en manos de los padres Jesuitas, después expulsados de estas tierras. Pedro soñaba con ser marino, le atraía la visión de las aguas mayores y las historias que se contaban sobre piratas y embarcaciones, Pablo, en cambio admiraba el brillo de los metales bélicos, era un buen espadachín, conocía la pólvora y asomaba un destino poderoso por acto de fuerza.

En aquella época, como te decía, mi padre se había retirado del cargo administrativo y con la venia de algunos amigos había conseguido que la Corona no lo regresara a la Península dejándolo permanecer en estas tierras, se dedicaba al cultivo del cacao como cualquier paisano y

vivíamos del producto de esta hacienda. Como él había sido funcionario y conocía sus manejos, los de la Guipuzcoana se ensañaron contra él y contra la familia y nos exigían más que a otros. El precio con el que pagaban nuestras cosechas era aún más bajo que el destinado a tasar la producción de otros agricultores. La situación llevó a un grupo de familias a las que nos sumamos, a buscar mercados fuera, en Curazao y otras islas, para no tener que vender a la Guipuzcoana, esto tenía que ser clandestino, secreto. Se consideraba por lo tanto, contrabando. Ello era duramente penado porque se consideraba desobediencia al Rey. Entonces supimos de un hombre, uno llamado Andresote, quien se ocupaba de estos asuntos y pagaba los cultivos a precios más altos que la Guipuzcoana, abriéndonos a mercados mejores.

Andresote había sido esclavo, su dueño era un caballero de origen portugués Silva, el nombre de Andresote recuerdo era: Andrés López del Rosario. Todos le decían Andresote, él operaba en las cercanías de Valencia y Puerto Cabello. Con él estaban hacendados de Coro, por esta vía conocí a Mauricio.

Aquí, Doña Solange, hace una pausa lánguida, y su rostro pensativo cobra vida nueva.

—Yo me enamoré de Mauricio. Su padre era cultivador de cacao como el mío, veíamos como nos agredían y hostigaban los de la Guipuzcoana. Mauricio tenía bríos y era un muchacho alegre, amaba la música y era un buen intérprete de instrumentos de cuerda, tenía una sonrisa abierta y feliz y unos ojos vivaces asombrosos.

Mauricio vino a Maracaibo como encargado por un grupo de familias de Coro, de hacer contacto con hacendados agrícolas para vender nuestros productos en Curazao. Las reuniones se hacían en La Reina del Caribe un lugar que no despertaba sospechas, allí conocieron mis hermanos a Cristóbal Martín.

Gerardo escuchaba embebido en las palabras de la Doña y reconstruía en su imaginación los escenarios descritos.

Mi padre, con mis hermanos, y las familias amigas, en igual situación entramos en tratos con Andresote y se hicieron los primeros viajes. Pero había que trasladar la mercancía, eran días de viaje a caballo, y a veces meses, según la temporada, nuestros encuentros no eran tan frecuentes como hubiéramos querido.

Luego, por las mismas dificultades, Cristóbal Martín propuso que estando más cerca de la isla de Curazao por la salida del Lago, no siguiéramos en tratos con Andresote sino que lo intentáramos nosotros mismos. Así se creó una pequeña flota y mi hermano Pedro hizo su sueño realidad.

Todo fue financiado por las familias de este territorio y en la mayor clandestinidad, si nos descubrían más de uno sería pasado por la horca a manos de los agentes de la Compañía.

Los viajes se iniciaron con excelentes resultados, a la vuelta nuestros hombres regresaban con las cosas que no podíamos obtener aquí a cambio de las fanegas de cacao: sedas, cueros trabajados, harina de trigo, carnes enlatadas, plomo, herramientas y otros géneros. Lo celebrábamos en creces.

Había que enfrentar en alta mar dos males: Los barcos de la Guipuzcoana y los de los piratas. Aparte de los cambios de las mareas y las jornadas propias de la marinería. Hubo más de una contienda fuerte. Mi hermano Pablo mejoró en las artes de la espada y Pedro se hizo más sabio en sus tratos con el mar. Martín y Mauricio hacían la parte de mercado, los acuerdos con los comerciantes, habían organizado una buena flota. Todo era secreto y requería de mucha astucia.

Los guardacostas eran funcionarios de la Compañía Guipuzcoana, el peligro siempre estaba cerca. Con toda la cautela del caso podemos

decir que el “contrabando” marchaba viento en popa. Aún cuando se nos vigilaba y se insistía en que debíamos vender nuestras cosechas a la Compañía. Nuestra flota consistía en dos galeras, y Pable, Pedro, Mauricio y Martín estaban al mando. La separación de la gente de Andresote era ya un riesgo pero ellos quisieron correr más allá. Éramos jóvenes, nos llamaba la aventura. Entonces los muchachos propusieron seguir hacia Veracruz buscando nuevo mercado, se pensaba que por nuestras fanegas de cacao podríamos conseguir allá mercaderías que nos eran necesarias como canela y aceite de oliva. Ya sabíamos de otros criollos que habían hecho estos viajes a tierra mexicana logrando buena ganancia. Los jefes de familia aprobaron y se planificó el viaje... fue un mal paso, demasiado riesgoso para nuestro arrojo...

Doña Solange se balancea en la mecedora y guarda silencio, con una emoción melancólica que no puede ocultar.

Ha comenzado a oscurecer y en el horizonte del lago se distingue el encendido del relámpago del Catatumbo en el deslumbrar de su soledad. Gerardo Aquiles guarda silencio espectral, y suavemente acerca su mano a la de la señora como en un gesto que quiere brindar consuelo.

—Un día nos despedimos; zarpaban, recuerdo la luz de esa mañana, la risa estruendosa de Mauricio, su vitalidad, los rizos de su cabeza siempre en desorden, habíamos decidido revelar a papá, al regreso de este viaje, nuestro deseo de contraer matrimonio... Para Pablo y Pedro era un viaje más, la despedida fue sencilla, sin mucha emoción, estaban tan seguros de regresar...

—¿No fue así? Pregunta Gerardo con curiosidad incontenible.

—No. Pasaron días, semanas, meses, y no teníamos noticias, se cumplió un año y nuestra angustia comenzó a hacernos investigar con viajeros y funcionarios de confianza el posible paradero de los galeones. Nada.

Doña Solange detiene su relato y Juvencia entra a la estancia a retirar vasos y jarra. Al salir, Doña Solange titubea aún.

—Mi madre rezaba sin descanso, pero día a día fuimos perdiendo la esperanza. Ella no pudo resistir la ausencia de sus hijos y enfermó gravemente.

—Y... ¿Se perdieron definitivamente?

—Un día, en La Reina del Caribe, un viajero borracho habló de Pablo, lo nombró, dijo haberlo conocido en no sé qué contienda con funcionarios de la Guipuzcoana, parece que la Guipuzcoana, persiguiendo una embarcación de la Real Compañía Inglesa, como un accidente en el camino, dieron con nuestros galeones, en esa lucha feroz murió más de la mitad de la flota, Pablo entre ellos. El hombre le reconocía por una cicatriz larga en su hombro, la que se había ocasionado cuando era un muchacho en sus prácticas de florete.

Tiempo después tuvimos noticia de una epidemia de viruela que había diezmando al resto de nuestros marinos, Pedro y Mauricio entre ellos. Esto lo contó Cristóbal Martín, quien se salvó por un rescate inesperado de un barco holandés, pasó varios días inconsciente, entregado a sus cuidados, no entendían sus palabras y cuando lo supieron a punto de morir su salud mejoró. Vagó por largo tiempo en Curazao, y en cuanto pudo regresó a Maracaibo en nuestra búsqueda.

—Doña Solange, debe usted descansar ahora.

—No te preocupes, hijo, todo ocurrió hace tanto tiempo que lo recuerdo como si lo hubiera leído en algún lugar. De esos recuerdos vivo. Ahora sabes algo más de quien te ha criado...

Capítulo III

De un caserón en la calle El Milagro, de las historias de doña Solange Rincón y Portales con su manto de punta, de las consecuencias de ser pardo y orfebre, y de viaje próximo

El taller de orfebrería era el centro de la vida de Gerardo, allí transcurría la mayor parte del día y Oscar, Ricardo y Vicente poco a poco se le hicieron entrañables. La cicatriz por la muerte de su padre adoptivo sanaba en la medida en que estas pérdidas pueden sanar, convirtiéndose en la sensación de una presencia invisible que nos acompaña, un interlocutor imaginario que nos oye y al que recordamos con amor especial.

Gerardo cultivaba una grata amistad con Oscar y Vicente, y una algo más distante con Ricardo. El carácter de los jóvenes se equilibraba con las diferencias de unos a otros. Mientras Vicente era espontáneo y hasta atolondrado, Oscar se acercaba a la reflexión a veces hasta la pesadumbre y Ricardo, más vanidoso y amigo de la actuación completaba el cuadro.

Gerardo pasaba más tiempo en el taller que en casa de Doña Solange y en cualquier otro lugar. Su vida estaba construyéndose en esas largas mañanas y tardes frente al calor del horno y sus resplandores y trabajando sobre las mesas con las antiguas herramientas de su padrastró, acompañado de las voces del Maestro Don Antonio y las de Vicente, Oscar y Ricardo.

Poco a poco todos a su alrededor fueron viendo como la dedicación de Gerardo al oficio le proporcionaba una habilidad indiscutiblemente

mayor en el trabajo de los metales, su talento y destreza era indudable. Además, era indudable que traía una experiencia anterior, la que le había dado su padrastro Cristóbal Martín. Quienes al principio, a su llegada, pretendían darle indicaciones elementales, ahora le consultaban todos los pasos a dar. Una atmósfera de resplandores, de luces inesperadas, era la escenografía de aquella convivencia con Don Antonio y el resto de los aprendices, su compañía más cercana.

Pero en sus sueños, en ese lugar de libertad e inesperados encuentros que son los sueños, las visiones de la extraña historia que le contase Don Cristóbal Martín sobre su nacimiento, construían un encaje abigarrado, pleno de seres diferentes, con un fondo marino. Su padre, aquel que fuera hijo del Olonés, su madre, la Tuna, mujer pirata, disfrazada de hombre para pasar desapercibida entre la flota, y el recorrido de sus aventuras, constituían el nacimiento de una intimidad nueva y particular, a la que ahora se sumaba la imagen venerada de aquella joven a quien había visto por azar en la Capilla de Santa Bárbara, hacía ya unos cuantos meses. ¿Quién era ella? ¿Aquellas mujeres que le acompañaban serían parte de su familia? ¿Visitaría en la ciudad algún pariente y su estadía habría sido apenas por unos días en Maracaibo?

En ello pensaba Gerardo con frecuencia, pero empezaba a sentirlo como un secreto inviolable, unía así la verdad acerca de sus padres al palpito que le producía el recuerdo de la joven y su mirada, penetrante, sin pudor exagerado, sin disimulos. Dos ojos como dos lagos serenos, acaso resguardadores de algún tormento, acaso curiosos también.

Otras silenciosas compañías de Gerardo eran los sirvientes de Doña Solange, el leal Cleobaldo y la enigmática Juvencia. Ambos recibían paga de la dueña de casa y turnaban sus días libres. Por ellos sentía Gerardo especial cariño, cada uno a su modo había manifestado pesar ante la muerte de Don Cristóbal, y sus cuidados con el joven Gerardo asomaban un deseo de protegerlo evidente y grato.

En aquel caserón de El Milagro todos vivían ocupados de sus respectivos quehaceres pero pendientes de la compañía de los otros. Un domingo en el que Juvencia se ocupaba de la ropa blanca extendiéndola para el secado sobre los arbustos del patio trasero, Gerardo, mientras la observaba en su quehacer, preguntó a Doña Solange sobre el origen de sus nexos con aquella.

Doña Solange se dispuso a contar, una vez más.

Mi padre había muerto, yo quedé al cuidado de la casa y otros bienes, y para mí sola hice un viaje a tierras de Coro en donde habitaba un amigo de la familia, Don Alejandro Antonio de Quevedo Villegas, quien me acogía entre su familia y en cuya casa me sentía protegida y feliz. Tenía una maravillosa biblioteca de la que yo hacía cuenta y me dejaba en la paz de sus libros sin mayores interrupciones. En fin, no me desvíó; el hecho es que en la oportunidad de estar entrando a la ciudad de Coro después de tan largo viaje, me encontré, en la misma Plaza Mayor, un pleito de grandes proporciones en el cual Juvencia era el centro de contienda. Resulta ser que ella, entonces una muchacha, llevaba puesto un manto de punta, y como sabes, ello está prohibido a las mujeres indias, negras y hasta a las pardas. Juvencia había tenido dueño como esclava que fue, y compró su libertad haciendo trabajos aquí y acuyá, reuniendo los pesos uno a uno con gran sacrificio suyo, era pues, una negra libre. Aquella arrogancia de llevar el manto la llevó directamente a la cárcel.

Yo había contemplado la escena de la discusión en la cual la muchacha gritó y se mostró altiva, y no pude intervenir cuando los guardias se la llevaban. Pero conté el incidente a mi amigo Don Alejandro para que me ayudara a conseguir el derecho a visitarla en la cárcel, tal curiosidad habíame despertado su audacia.

Mi digno señor estaba extrañado de mi deseo pero movió los hilos necesarios para que me dejaran acercarme a la joven sin mayores remilgos.

Llegado al lugar la que más desconfiada de mi presencia era precisamente ella. Me recibió con recelo ¿era yo acaso una blanca que venía a burlarse de ella? Además, con un manto de punta puesto cuando a ella la habían despojado del suyo. No quería hablar. Hablé solo yo.

Me quité el manto y quise entregárselo, pero no lo agarró, lo dejó caer y no lo recogí. Le dije sin inmutarme que me había parecido muy de derecho su protesta, y de una vez le propuse que se viniera conmigo a Maracaibo, donde tendría casa, alimento, trabajo, recibiendo un estipendio ajustado a sus servicios, de común acuerdo con su persona.

Nunca me contestó, yo tenía que sacarla de allí y evitar mayores males para ella.

Juvenicia me miraba con los brazos cruzados, sin decir palabra, nunca lo hizo.

Le propuse que volvería al día siguiente a buscarla, y que podía pagar su salida de allí. Siguió sin decir nada.

Al día siguiente volví al lugar, sin muchas esperanzas, había recogido sus pocas pertenencias en un atado y estaba abrazada a este esperándome, llevaba el manto sobre los hombros. Mi amigo Quevedo Villegas hizo los arreglos. Regresé a Maracaibo con ella y aquí la tienes, después de tantos años a mi servicio, somos grandes amigas.

—¿Y Cleobaldo? -Se apresuró a decir el joven.

—La historia de Cleobaldo es distinta, de mozo fue un negro cimarrón, como seguramente sabes cimarrones son los esclavos que huyen de la potestad de sus amos. Vagó por esos montes sin ruta hasta que fue atrapado por unos mercaderes y vendido en plaza pública, mi padre al comprarlo prácticamente lo rescató de la muerte, su antiguo dueño había mandado asesinarlo al considerarlo culpable de un motín. Cleobaldo está al servicio de la familia desde que yo era una joven; vio morir a mi padre y a mi madre y desaparecer a mis hermanos. Ahora

le correspondió ver la muerte de Cristóbal, ese parece ser su destino, acompañarme en estos avatares tristes.

Gerardo guardó silencio y pensó en el colmillo de caimán que llevaba Cleobaldo al cuello, según decía: para protegerse del mal de ojo; también recordó las fiestas decembrinas en las cuales Cleobaldo había desaparecido con el grupo de los chimbangeles de San Benito, tocando tambor y haciendo de “capitán de lenguas” anunciando las órdenes del jefe de la fraternidad. Hombre alto, fornido, aun cuando podría saberse que ya no era un muchacho, había algo siempre enigmático en sus modos, Doña Solange manifestaba hacia él un respeto y una seguridad de su lealtad de manera inquebrantable.

En las reuniones que organizaba la dueña de casa, a las cuales venían damas y caballeros de muy distinta procedencia, y se hablaba tanto como se leía, se discutían asuntos relacionados con ideas y pensamientos de atrayente valor novedoso, Cleobaldo complacía a Doña Solange hasta acompañando con acordes de guitarra las distintas voces que improvisadamente quisieran, al calor de la reunión misma, regalar alguna canción a los asistentes.

La diversidad de facetas de la personalidad de Cleobaldo es imprevisible para Gerardo.

En la casa de El Milagro Doña Solange Rincón y Portales vivía rodeada de antiguas galas, de objetos de sus antepasados, de plantas tropicales, de recuerdos y de obras de arte, las que enriquecían su espíritu de exquisita sensibilidad.

Se comentaba, y no sin razón, que esta mujer estaba embebida y sustentaba la divulgación de ciertas ideas revolucionarias que llegaban de Europa y Norteamérica, un hilo desprendido de la madeja para llegar a las colonias españolas.

Gerardo empezaba a comprender, el papel que la gran biblioteca tenía en todo esto, cuando escuchaba las conversaciones en aquellas reuniones de amigos. Intuía el muchacho también que Doña Solange escondía muchos secretos en los cajones de su gavetero, entre libros, papeles, y sobres con correspondencia.

En estas extrañas conversaciones había escuchado Gerardo de la suspensión de un profesor que regentaba cátedra en la Universidad de Caracas, de nombre Baltasar de los Reyes, por haber nombrado en su clase a un filósofo llamado Descartes, y del cual Doña Solange guardaba con especial cuidado un libro entre sus cosas más preciadas, llamado *El discurso del método*.

Poco a poco va Gerardo leyendo y revisando, conociendo y gustando de las muchas cosas hasta entonces ignoradas a las cuales le acerca Doña Solange Rincón y Portales, a tal punto llega la confianza entre los dos que ella tiene a bien leerle la correspondencia personal que recibe, y entre los muchos a Gerardo le atrae un remitente de nombre Francisco de Miranda, quien muchas aventuras corre por esas tierras del señor, inteligente, audaz y elegante, prontamente se ganó la admiración del muchacho.

El patio sembrado de plátanos, flores del paraíso, crotos y otras muchas especies coloridas y gratas servía de escenario a las tardes de lectura de Doña Solange, para Gerardo, todo oídos, placer inigualable después de las jornadas en el taller de orfebrería.

A veces Gerardo se atrevía a invitar a su casa a sus compañeros de oficio, Oscar y Vicente venían con él, Ricardo de común distante, alguna vez acepto. Eran veladas gratas en las que Cleobaldo no ponía límites en brindar su compañía en la guitarra y Juvencia se esmeraba en la preparación de platos de la región, engalanando la mesa con variados sabores. Cleobaldo era también cazador, en la temporada se adentraba en las montañas de Perijá y se perdía días en su afán, traía de vuelta palometas, perdices, venado y báquiro.

Juvencia preparaba especialmente una receta de báquiro o cochino de monte que era la delicia de todos. La parte del báquiro mejor para el plato es el muslo trasero, limpiaba bien el muslo (unos 4 kilos de carne) con jugo de limón y luego hacía unas incisiones en el grueso de la carne con un cuchillo puntiagudo, ahí introducía jamón cortado en trocitos, rayaba cebolla y la mezclaba con ajos machacados, sal y panela, con esta mezcla adobaba el muslo tratando de que penetrara en los cortes hechos, entonces lo dejaba tapado por dos o tres horas en un recipiente de barro, y luego lo metía en el enorme horno de barro de la cocina, Cleobaldo la ayuda con la leña y el traslado de los enceres, cuando llegaban los muchachos se deleitaban solo con el olor, y después era servido con vegetales, yuca y plátano asado.

La comida y el encuentro eran motivo de fiesta, y Oscar tenía una bella voz con la que deleitaba con canciones a todos los presentes. El grupo iba tomando calor y se apertrechaban con los instrumentos: Gerardo tomaba el clarinete, Oscar la mandolina, Vicente el violín, y en la animación improvisada surgía el canto de la copla. Terminaban cantando la gaita, fusión de gaita gallega, tonadas indígenas y percusión negra, Cleobaldo iba de la guitarra española al tambor o tumbadora, y Gerardo agarraba la charrasca. Doña Solange se divertía a mares con aquello.

Pero esta convivencia no duraría mucho más, los días de Gerardo en Maracaibo estaban contados y a continuación explicaremos por qué.

Ya habíamos hablado de la presteza del muchacho en el trabajo de la orfebrería, él había hasta heredado las herramientas de su mentor, maestro y padre, Don Cristóbal Martín, lo había acompañado en sus viajes por esos mundos y habiendo crecido a su lado había, entre otras cosas, aprendido de muy cerca el oficio. El trabajo con Don Antonio era una confirmación y una oficialización de su conocimiento.

La Corona Española había establecido algunas normas con relación al trabajo de orfebres y plateros, el que resultaba muy delicado dado que su materia prima consistía en metales y piedras preciosas, entre las cosas reglamentadas aparecía que el tiempo de un aprendiz era el de seis años con su maestro, la ley decía también que el maestro debía darle hospedaje, ropa para vestir, y al cabo del tiempo establecido el otorgamiento del legajo de herramientas constituía la aprobación definitiva de su pericia en el oficio.

Sabemos que nuestro protagonista cuenta con la acogida de Doña Solange, no recibe bienes de su maestro Don Antonio, y las herramientas también ya le son legado propio.

Ocurrió pues que, una tarde en el taller del maestro, estando Oscar y Vicente trabajando afanosos en un sepulcro de plata y carey, Gerardo se encontraba explicando a sus compañeros la mejor forma de tomar el martillo para la labor de cincelado, y estaba Don Antonio observando sin que nadie se percatase de ello, para sus adentros pensaba en la enorme habilidad del muchacho, e inesperadamente, se acercó a Gerardo y dándole unas palmaditas en el hombro le dijo:

—Qué bien lo haces, muchacho, admiro tu delicadeza y tu certeza del oficio, no tienes nada que hacer conmigo, eres ya lo que se dice un maestro, puesto que hasta enseñas el oficio, es entonces una lástima que seas pardo y no puedas ejercer ese derecho.

El intercambio de miradas entre Oscar y Vicente puso sobre aviso a Gerardo quién, habiéndose quedado con la sorpresa en la boca, apenas alcanzó a ver al maestro salir por la puerta retirándose después de lo dicho.

Ricardo en otro lugar de la habitación había detenido su martillo para escuchar y ahora continuaba su labor como si nada hubiera ocurrido, Vicente y Oscar abrieron el diálogo.

Vicente le dijo: —Así es, Gerardo, a los pardos no se nos permite mucho, aún cuando podamos trabajar y hacer las cosas de la mejor forma.

Gerardo estuvo callado unos instantes, y luego reinició el diálogo con sus compañeros pero retornando a las indicaciones que les daba con relación al martillo en el cincelado, en el camino de regreso a casa su cabeza hervía con si lo dicho por Don Antonio le hubiera descubierto una puerta a una oscuridad que ignoraba.

Nunca se había pensado a sí mismo como un pardo, y ¿quiénes eran los pardos? Quiénes como él habían nacido en tierra americana de padres de muy diversas procedencias: indios, blancos europeos o negros venidos de África. Su padre, según el relato de Cristóbal Martín, era hijo del corsario francés llamado el Olonés, y su madre una mestiza panameña, su madre, la Tuna, había sido prostituta en un lugar llamado La reina del Caribe, mestiza también, de ellos venía él, su piel mestiza, era casi blanca como la de Don Antonio, sus ojos negros grandes y su cabello lacio azabache, no tenían nada que ver, igual que su piel, en con relación a su habilidad en el oficio de orfebre. Mientras caminaba se percató de que en este día miraba con más atención a la gente que se le cruzaba en el camino. Ahora les miraba de un modo distinto, Maracaibo es una ciudad puerto, por aquí pasan marineros y mercaderes, pescadores ricos y pobres, frailes, militares, funcionarios, señoras que van a misa de seis y las acompañan sus esclavas llevando la sombrilla o el paraguas, los blancos peninsulares son los menos y fácilmente pueden confundirse con los blancos criollos.

Al llegar a casa y disponerse para la cena, Gerardo detiene su reflexión para ver, por primera vez, con ojos analíticos la comida servida sobre la mesa: las arepas de maíz pilado, redondas, blancas y olorosas, amasadas y cocidas con afán fervoroso, caraotas, arroz y carne frita, los sustanciales plátanos asados con su suavidad y textura inigualables,

buñuelos de apio y como bebida un aromático cacao endulzado con papelón de panela. ¿En qué podría parecerse esta mesa a una cena en la península Ibérica? Aún a sabiendas de que Doña Solange nació en aquellas lejanas tierras.

Gerardo aprovecha el momento de la comida para relatas a la Doña el incidente con el Maestro orfebre. Doña Solange le escucha en silencio y luego le habla de las Reales Cédulas a ese respecto. A continuación insistió en hacerle entender a Gerardo que desde que Maracaibo había dejado de formar parte del Virreinato de Bogotá para depender de la Capitanía General de la Provincia de Venezuela, las órdenes reales de España venían por el Puerto de La Guaira, dado que la sede de la Capitanía estaba en Caracas, cerca de ese litoral. Le pareció, pues, a la señora, que Gerardo debería hacer un viaje, menester al que el muchacho estaba bastante acostumbrado por la vida que había llevado con Don Cristóbal Martín.

Capítulo IV

De un pardo orfebre en la capital, de las celebraciones de Carlos IV, de nuevas amistades y rencuentro amoroso

Así se hicieron todos los preparativos y Gerardo se despidió en buena ley de sus compañeros y su maestro orfebre Antonio Alfier. Preparó Valijas para Caracas, pero la travesía apenas comenzaba puesto que para llegar a la sede de la Capitanía General Gerardo debía salir vía la isla de Curazao y allí tomar embarcación para Puerto Cabello y luego trasladarse al Puerto de La Guaira.

Las cuantas semanas que duró la travesía le sirvieron para reflexionar acerca de sus cambios de vida, cosa que no había podido hacer por la rapidez con que ocurrían las cosas, aún llorar por su querido padre adoptivo. Llegado finalmente a La Guaira y trasladado a Caracas, a su misma entrada, se encontró con un espectáculo deslumbrante, nunca visto en sus 16 años acabados de cumplir, se trataba de las fiestas por la coronación de Carlos IV en España, asunto aquí celebrado dado que se trataba de una de sus colonias y por lo tanto territorio español.

Gerardo caminó por calles cubiertas de banderines, bambalinas y cintas, todo muy colorido y alegre, se apresuró a dejar el equipaje en la Posada Venezuela en la cual Doña Solange tenía vieja amistad y para cuya dueña, Madame Bernard, envió correspondencia, y salió de nuevo a la ciudad a mirar el espectáculo.

Aquello era sencillamente sensacional. Sus ojos no sabían a qué cosa poner atención, el desfile, el decorado de las calles, los rostros de las muchachas en las ventanas, la guardia oficial vestida de gala, todo resultaba parte de la festividad.

La plaza repleta de paisanos quienes parecían conocerse todos entre sí, era espectadora del inicio del desfile de celebración, allí fue a situarse Gerardo cuando entró una partida de soldados de caballería, los uniformes y el porte marcial entre los aplausos recibió también algunos “bucheos” inesperados, cuyo origen trataban de identificar dentro de la masa de gente sin éxito, seguro para arresto y acusaciones de deslealtad a la Corona. Pasado el incidente les tocó a los estudiantes de la Universidad y el Colegio Seminario, muy vestidos de gala, en caballos enjaezados, fueron aplaudidos por la multitud, tras ellos y también a caballo venían “Las nuevas musas” acompañadas de “Mercurio” y la “Fama” y continuando la alegoría griega les seguía un carro alado por caballos que representaba al Parnaso y podía distinguirse el caballo Pegaso, Apolo y Minerva. ¿Minerva dijo?... ¡El asombro de Gerardo no pudo ser mayor! Volteó su cabeza y sus ojos fueron detrás de aquella señorita vestida de Minerva, la que resultaba ser –¡nada más y nada menos!– la atractiva joven en la que pasaba pensando sus noches, aquella seguida hasta la Capilla de Santa Bárbara en Maracaibo, hacía unos meses.

No sabía qué hacer. ¿Cómo llegar hasta ella? El desfile seguía y él era un espectador más, ¿cómo hacerle saber que la había soñado por largas noches y no podía dejar de recordar su mirada en aquel espacio de la capilla? Corrió un poco o lo intentó, cercano al carro del Parnaso, pero, la masa de espectadores hacia una pared demasiado densa para que Gerardo pudiera andar a la velocidad de aquel carro alado por caballos, su esfuerzo era descomunal; por su parte aquel carruaje cargaba también una orquesta, adornado con retratos de la realeza Española. De pronto, un coro comenzó a cantar un drama escenificado por escolares. Gerardo

pudo distinguir que se trataba de un acercamiento entre Apolo y las Musas, convidadas por Minerva (su “Minerva”) haciendo un elogio al nuevo soberano Carlos IV.

Ya a estas alturas el carruaje se había detenido y el muchacho pudo contemplar con relativa tranquilidad a la dueña de sus sueños más recónditos. Casi contenía la respiración para escucharla, y cada palabra que de su boca salía era música para su corazón, embelesado ante el escenario se encontraba el joven cuando se percató de que el acto había terminado y todos aplaudían.

El público se fue dispersando y el carro con toda su comitiva desapareció también, como por encanto, Gerardo, repentinamente, se vio solo, camino a la Posada. Se sentía entusiasmado y feliz, pensaba que estaba en Caracas y podía encontrarse tan azarosamente como ahora con su amada y quizás hasta llegar a abordarla, con esos pensamientos durmió esa noche pronosticándose una maravillosa estadía en la ciudad. Nada más le importaba, ni la proximidad de un trabajo como orfebre, ni la búsqueda de habitación permanente en una ciudad que no conocía, lo único que aparecía en su mente era la imagen de aquella “Minerva” elocuente recitadora sobre la carroza.

A la mañana siguiente comenzó su jornada de inicio de contactos, para averiguar todo lo relativo a su desarrollo como platero en esta ciudad.

Don Raimundo Mijares, un conocido de Doña Solange, le proporcionó buena parte de la información que necesitaba, con aquello supo que lo primero era visitar a los plateros más prestigiados de la ciudad, por ello se dirigió tempranamente a la casa del joven José Manuel Tablantes, quien era conocido por todos, un muchacho iniciado casi niño en el oficio, y quien, pardo igual que Gerardo, ya tenía una posición ganada en Caracas a pesar de ello.

A Gerardo le resultó muy agradable la acogida que le dieron en aquella casa, sorprendentemente José Manuel era tan joven como él, con la diferencia de que estaba casado y hasta un niño tenía. La familia de José le resultó un mar de simpática y Tablantes escuchó con detenimientos su relato, en el cual Gerardo, nervioso, habló hasta de su padre adoptivo, de Don Antonio, del taller de orfebrería, de Doña Solange, del lago y hasta de los platos que preparaba Juvencia.

José Manuel siente enseguida una corriente de cariño y comprensión hacia su nuevo amigo y con toda confianza le cuenta que, efectivamente, siendo pardo la situación es difícil, pero que de igual modo, él había conseguido, siendo aún tan joven, que el Ayuntamiento le concediera el título de Don, y hasta el respeto de la iglesia y los civiles por el trabajo que como orfebre platero desarrollaba.

La esposa de José Manuel, casi una niña, se llama Rosa Ramona, su rostro sereno y su sonrisa abierta ganan también a Gerardo, el niño de José Manuel y Rosa Ramona corretea alrededor.

—Han ocurrido muchas cosas, Gerardo. Dice José Manuel, pasando el brazo sobre la espalda del joven. —Cuando nosotros éramos unos niños muy pequeños, el Ayuntamiento de Caracas creó el cargo de Contraste de Oro y Plata, antes había sido rechazada su creación, pero, por una Cédula real desde España misma vino la orden de organizar al gremio de plateros y *batihojeadores*, como se llama a los obreros que baten el oro y la plata, y se establecieron unas normas de trabajo.

—Mi maestro, Don Antonio, me dio alguna referencia, pero nunca precisa.

—Son cosas muy concretas. José Manuel dramatiza y actúa como si tuviera un pergamino invisible en la mano en alto, hace como si leyese: El oro a labrar debe tener 22 quilates y la plata once dineros, se prohíbe adulterar o mezclar los metales y en caso de que el cliente así lo deseara

hay que pedir un permiso y declararlo. El Gobierno español cobra por la entrada a la Provincia de oro y plata, para montar tienda hay que sacar una licencia y cada maestro debe tener cuatro aprendices...

—Darles de comer —completó Gerardo, y después los dos, a dúo casi recitaron: “Enseñarles las cosas de la virtud, darles de vestir y enseñarles el oficio a lo largo de seis años, al cabo de los cuales les darán un traje, un sombrero y un juego de herramientas”.

El nené sentado en el suelo ríe y aplaude.

—Entonces, ¿te incorporas a mi taller?

—Por supuesto, amigo.

Gerardo y José Manuel estrechan sus manos.

José Manuel le comenta entonces que las fiestas por la Corona de Carlos IV continúan, y los comerciantes y los pardos están en la organización, invita a Gerardo para que conozca a otras personas del gremio y la ciudad.

Revisa José Manuel el talego de herramientas traído por Gerardo desde tan lejanas tierras, y aprueba su calidad. Finalmente lo invita a comer, a lo cual Gerardo acepta gustoso.

Ocurrió pues, que en ese mismo 25 diciembre de 1789 se realizó el festejo anunciado, organizado por bodegueros y pulperos, más representantes de otros oficios comerciales. Necesario es señalar que Gerardo pasó la Nochebuena en casa de la pareja de amigos nuevos y aunque añoró en creces a su casa de la calle El Milagro en Maracaibo, con la música, el lago, el verde tropical y la comida, fue para él una noche distinta y la calidez de sus amigos comenzaba a hacérselo importante también.

El Maestro José Manuel ya ha puesto a prueba la habilidad del amigo orfebre y éste ha salido victorioso, de manera que es esta una temporada feliz

para nuestro héroe puesto que todo va “sobre ruedas”. Ronda en su cabeza la certidumbre que se acerca a la certeza, de encontrarse de nuevo en cualquier parte con la amada. Y esta fiesta, es una oportunidad insalvable.

Llega a la Plaza Mayor, lugar de la festividad y descubre que han sido colocadas las siete Islas Canarias, dibujadas sobre bastidores enormes pintados con propiedad. La iluminación es grandilocuente, le da un aspecto solemne al lugar, se aprovecha el azul del cielo de fondo para el mar de la escenografía, y balcones y vallas son puro lucimiento.

Los espectadores están sentados en sus silleas, las que son suficientes para los asistentes salvo algunos muchachitos que por allí corretean.

Se inicia la función con la entrada de un enorme barco de madera en el cual viene un capitán con su tripulación principal, ellos vienen hacia las islas a dar la “feliz” noticia del advenimiento del trono al nuevo monarca. En el lugar de cada isla aparece una dama que la representa, todas ellas se dirigen ahora hacia un entarimado en el centro del escenario, y hacen un obsequio a sus majestades, cuyos retratos también se exhiben allí.

Gerardo cree no equivocarse al distinguir en una de las damas a su bien amada (¿Minerva?), pero el asunto se le dificulta cada vez más porque al mismo tiempo percibe en la muchacha algo indefinido que la hace diferente. Algo que no está en sus rasgos sino en su mirada; es desconcertantemente distinta.

José Manuel lo observa y extraña el modo en que Gerardo se concentra en el escenario y alguna actitud de ansiedad en él, sigue la mirada hasta localizar el motivo de su interés, sonrío pues con sonrisa de entendido y le dice:

—Ajá, te interesas por las hermanas Droin.

—¿Hermanas, dices?

—Sí, son dos hermanas gemelas muy conocidas en la ciudad.

Gerardo se sorprende y piensa en la idea de dos hermanas exactamente iguales, lo que dificulta su propósito, puesto que ni siquiera ha podido acceder a la que creía una sola.

—¿Las conoces bien? —Pregunta al amigo.

—No mucho, pero algunos de mis clientes son cercanos a su familia... Olvídala un momento y ¡mira esos fuegos artificiales!

El cielo se cubrió de fuegos con luz espléndida de múltiples colores, algunos imitaban formas de árboles, otros eran castillos, soles y fuentes, los más luminosos, lanzados al final, forman letras en las que se lee: VIVA CARLOS IV.

Se produjeron largos y grandes aplausos, y Gerardo, por un instante, vio a la señorita en cuestión, quien había estado representando una de las Islas Canarias. Ella se reía en medio de un grupo, con una carcajada sonora y cantarina. Parecía coquetear abiertamente con alguno de los muchachos que la acompañaban, pero Gerardo sentía que esta no era la misma de la Capilla de Santa Bárbara, había algo en su altivez que no cuadraba con la gracia que él recordaba. Tablantes con Rosa Ramona, su esposa, invitan a Gerardo a acompañarles disfrutando de la comida y la bebida y ahora él si pierde de vista a la muchacha.

En un gran mesón, en plena calle, se servía el ponche, la pareja y Gerardo van entrando en el lugar de los comensales, y de pronto, Gerardo se topa con la causante de sus sueños. El muchacho ruborizado deja caer la taza que José Manuel acababa de entregarle con el ponche servido, y el sonido del cristal en el piso logra captar la atención de la muchacha un instante. De manera simultánea José Manuel y Gerardo se agachan a levantar la taza, pero Tablantes, al adivinar el motivo de tanta turbación, deja que sea Gerardo quien termine la acción. Al recuperar su postura erecta, y sacando coraje de no sabe dónde, Gerardo se dirige a ella para decirle: —Perdone, señorita, pero ¿nos hemos visto antes?

La muchacha, algo desconcertada, observa un instante los oscuros y profundos ojos negros de Gerardo, y dice: —Yo también tengo esa impresión.

Así da comienzo un diálogo tranquilizador a los ojos de José Manuel, quien había esperado que su amigo se desmayara de un momento a otro. Ahora observa las risas y el rubor en ambos: Gerardo y la joven.

Sabe ahora Gerardo que el padre de su nueva amiga es francés, y ha iniciado una escuela de música cercana a la del Padre Mohedano y el Padre Sojo (ya lo pondrá al tanto José Manuel de quiénes son esas personas). Aquel encuentro con ella en Maracaibo se debió a que la joven pasaba una temporada con sus tías, y, efectivamente, tiene una hermana gemela que mucho se le parece en lo físico, pero en nada más.

Se llama Ana María (Anne Marie) y su hermana Jeanette. Ambas leen y escriben español y francés, y han continuado su formación iniciada en Europa aquí en Caracas, en la única escuela de señoritas que existe.

José Manuel se acerca a avisarles que está por comenzar la ceremonia del gremio de los pardos en honor al Rey Carlos IV, se apresuran entonces hacia el foro, y Gerardo tiene el placer de sentarse al lado de Ana María, dado que Monsieur Droin le ha invitado a ello después de las presentaciones del caso. De igual modo le es presentada Jeanette, la hermana gemela, quien asume una actitud de indiferencia ante él, muy ocupada con tres jóvenes que le rodean solícitos.

Aun cuando su espíritu está turbado y estupefacto, aunque con gran placer, Gerardo observa con atención aquel acto en el escenario que consiste en la representación de una comedia titulada: “El Severo Dictador Lucio Papirio”, la que se inicia con un heraldo que lee un pergamino tributando los respetos debidos a sus majestades.

Y pese a lo atribulado de su corazón, Gerardo descubre en aquel teatro un mensaje ambiguo dirigido a las autoridades y en donde el

reclamo de los pardos está presente. En medio del colorido y la música, presente que quienes representan a los mandatarios del lugar no están muy complacidos. Basta mirarles el rostro.

En estos instantes aspira el aroma de Ana María que es el de un jazminero, y escucha su risa de cascabeles de Pascua, y ve su cálida sonrisa que le recuerda la que imagina en el rostro de su madre: Tuna.

Por su parte, le ha contado a la muchacha de sus ambiciones como orfebre y platero, de su venida a Caracas y otros detalles.

Se despiden con el afán y la necesidad de verse pronto, Gerardo retiene lo que puede la mano de Ana María entre la suya y la ve sostener la mirada como en la Capilla de Santa Bárbara.

La felicidad de Gerardo por esta noche es larga e ilimitada, al regresar a la Pensión Venezuela, donde aún permanecerá unas semanas más hasta los arreglos finales con José Manuel, Gerardo le da un fuerte abrazo de saludo a Madame Bernard, con su corazón engrandecido de entusiasmo...

Capítulo V

De amores, de banquetes, intrigas, peleas gremiales, conspiraciones y la incertidumbre de una boda

Llegó, pues, el anhelado banquete en casa de la familia Ascanio. Gerardo asistió acompañado de sus amigos los Tablantes, lo vivido llenaba todas sus expectativas. Aquello era todo lujo y resplandor. La mantelería estaba adornada con lienzo labrado alemán, era impecable la loza de la vajilla, como la cubertería de plata, la cristalería de Flandes, el menú exquisito en la variedad infinita de sus manjares, los vinos: una verdadera delicia en su pureza y diversidad.

Por otro lado, estaba la asistencia: nunca había visto nuestro protagonista tantas mujeres hermosas y bien ataviadas. Trajes con multitud de pliegues, bordados en oro, plumas y joyas en el cabello, sonaba por doquier el roce de la seda, el tafetán y el sonido de los metales de sus ornamentos. Los abanicos, por su proliferación y diferencia de diseños, semejaban elementos escenográficos previamente planificados, ellas ocultaban para mostrar sus magníficas sonrisas y sus ojos enloquecedores. Gerardo estaba en éxtasis.

Quien más lo hechizaba, evidentemente, era Anne Marie. Ella iba de un grupo a otro saludando y haciéndose querer. Sonaban cristales, estallaban risas, acordes de violín al fondo señalaban la presencia de los estudiantes de la escuela musical del Padre Sojo, todo era esplendor.

Los ojos de Gerardo vivían para verla a ella, su amigo el orfebre platero más joven y más prestigiado de la plaza, lo llevaba de un rincón a otro, le presentaba gente de influencia, le daba de comer y beber, lo obligaba a intervenir en las conversaciones ... pero, no dejaba de sentir que el interés de Gerardo se ubicaba como una llama encendida en la existencia de la hija del francés Droin, y en su natural encanto.

Durante el transcurso de la noche, casi sin proponérselos, y sin que supieran como ni por qué, Anne Marie y Gerardo estaban solos en la terraza y supieron al mismo tiempo lo que era un apasionado beso que dimensionaba su encuentro con las estrellas.

Fue ese el inicio de una historia de amor inesperado, cuyas vicisitudes, aventuras, gestos épicos y ternura conoceremos más adelante.

De manera que este encuentro de enamorados se selló como todos los enamoramientos convencionales desde que el mundo es mundo y la literatura intenta ser más que eso.

Gerardo volvió esa noche a la Posada Venezuela sabiendo que se uniría a su amada por encima de cualquier circunstancia adversa, y durmió plácido y santo como un corderito.

Desde ese día su vida se dividía entre el trabajo en el taller de orfebrería (candelabros, conchas bautismales, incensarios y las consabidas peleas sindicales), las cartas a Doña Solange contando pequeños acontecimientos cotidianos, y las citas con la muchacha de sus sueños, para relatarse la memoria mutua, o sencillamente, observar la luna y saberse el uno junto al otro.

Los Tablantes, quienes no le perdían pista, estaban preocupados, temían que la familia de aquella joven no viera con beneplácito los requerimientos de Gerardo, sobre todo por su origen, que ya este les había relatado con “pelos y señales”. Este temor no lo iban a exteriorizar nunca frente a él, y ello los hacía sufrir aún más.

En una inesperada conversación, una noche en la que habían tenido que quedarse más de la cuenta en el taller, para poder entregar a tiempo un pedido de una Custodia que les había sido encargada, se atrevió el muchacho a hacer saber a Gerardo, cuáles eran sus temores.

Gerardo, aunque no lo dijo, dejó ver en su mirada que estaba también inquieto por la situación, ¿quién era él? ¿el hijo de una prostituta y un pirata?, ¿cuál era su filiación para con los otros? Por otra parte, mientras más lo pensaba más seguro estaba de que aquel asunto le parecía insólito: ¿someter su inmenso amor a razones sociales? Eso no tenía ni pies ni cabeza. Él la amaba con un sentimiento más intenso que la extensión del mar, más profundo que la entraña misma del planeta, más sólido que el tronco de los árboles más añejos. ¿Quién podía dudarlo? ¿y no era eso, acaso, lo que importaba?

Mientras tanto, la vida seguía su curso. José Manuel Tablantes tenía un buen lugar en su taller, y su sentido de la honestidad, la generosidad y la justicia hicieron que no considerara a Gerardo un aprendiz o un ayudante, sino que lo ubicara como un igual en el oficio, de manera que pasados algunos meses, en la fachada de su taller se colocó un enorme cartel, el cual, con letras arábigas rezaba: “Tablantes & Martín orfebres-plateros”. Los dos amigos lo celebraron con alegría junto al advenimiento de un nuevo vástago para el hogar de José Manuel y Rosa Ramona.

Gerardo, por su parte, continuaba viviendo en la Posada Venezuela, y visitando a su bien amada Anne Marie, la que continuamente viajaba a otras ciudades del país, bien fuera para desarrollar mandados de su padre, de la escuela de música, o por intrigas sin fundamentos de su hermana Jeanette, a quien Gerardo comenzaba a conocer en esos territorios.

La hermana de Anne Marie parecía sentirse igualmente seducida por Gerardo, pero desarrollaba pretensiones al respecto y conductas

irregulares de manera que tan pronto se mostraba hosca como lo recibía llena de remilgos y amabilidades fuera de lugar.

Anne Marie no le hacía mucho caso y dejaba pasar por alto muchas de estas situaciones. Las cosas habían tomado un camino difícil dado que, Jeanette se había ocupado de poner en entredicho frente al padre de ambas, el origen de Gerardo. La muchacha había estado haciendo preguntas aquí y acuyá, con el propósito de hacer averiguaciones y sólo tenía claro que el joven había crecido bajo un cierto proceso de adopción. Tropezaba su intriga, felizmente, con el hecho de que tenía un papá lo suficientemente liberal e inteligente, como para no dejar crecer rumores injustificados. Pero su afán había sido tan persistente que llegó el día en que el señor Droin le preguntó a Gerardo acerca de sus progenitores y se mostró interesado en conocer a Doña Solange, a quien Gerardo señalaba prácticamente como madre adoptiva.

Ello ameritó que el muchacho enviara una extensa carta a tan querida señora y esperara respuesta con el corazón en vilo, pensando que abusaba de la gran generosidad de su protectora poniéndola en estos menesteres.

En todo esto tenía un papel importante el carácter de mestizaje del origen de nuestro protagonista, y la situación que se vivía con relación a los blancos europeos y los blancos nacidos criollos aunque de “buen” origen, y por otra parte todas las uniones de negros, indios y blancos, cuya resultante étnica era llamada: pardos, como ya hemos señalado a lo largo de esta historia. Los derechos legales eran siempre preponderantemente de los blancos y en primer lugar de los que venían de Europa más que de los nacidos en tierra americana.

El proceso de introducción de nuevas ideas de la libertad y el respeto público se difundió como la hierba en los potreros. Ilegal o no, las embarcaciones que llegaban a los puertos principales –La Guaira, Puerto Cabello, Maracaibo– traían entre baúles de linos, brocados y especias,

interesantes libros cuyas lecturas estaban destinadas a cambiar el pensamiento o renovarlo en la élite “cultá” de esta provincia.

Monsieur Droin era, demás está señalarlo, francés. La Corona Española comenzaba a desatar cierta fobia a todo lo que viniese de Francia. Por razones obvias, las ideas de Igualdad, Libertad y Fraternidad, venían de allá. Y si bien estas ideas comienzan a tener sus fehacientes defensores, en los círculos de la alta sociedad criolla sigue habiendo quienes envían a la Real Corona Española documentos que suelen considerarse como “memoriales” para probar “la limpieza de sangre”, afirman lealtad al Rey y solicitan títulos nobiliarios.

Cuando Gerardo analiza estas cosas piensa en la noble figura de Francisco de Miranda, el héroe noticia, y se va convirtiendo en una especie de paladín de la Libertad, desde lejanas tierras. Ahora sabe de su amistad con la emperatriz Catalina de Rusia, a quien ha conocido en Kiev presentados por el príncipe Potemkim, y con quien el general venezolano estrecha lazos de amistad, dado que ella es mujer inteligente, lectora de Voltaire y Diderot, y despierta rápidamente su admiración.

Las contradicciones que presenciaba el joven orfebre le hacían ver “los toros desde la barrera”, y con ello tenía la capacidad de analizar que se gestaban cambios a corto y largo plazo en todas las capas sociales de aquella provincia, Capitanía General de Venezuela.

Vale anotar algunas relaciones que aún no hemos dado al lector, acerca de lo que ello significaba.

La tan esperada respuesta de Doña Solange Rincón y Portales llegó. Muy protectora, la dama anunciaba un viaje a Caracas para arreglar algunos asuntos, y en el cual, gustosa, visitaría a los Droin, para que la conocieran y, a su vez, llenar la propia curiosidad sobre esa muchacha acerca de la cual Gerardo tenía tanto que decir. Ello llenó al muchacho de optimismo y no lo disimulaba en su trato diario con el trabajo y los amigos.

Ocurrió, pues, que el prestigio de los plateros Tablantes y Martín iba en aumento en relación directa con la calidad de su trabajo. Conchas bautismales para capillas, cofradías, cálices, marcos, incenciarios salían de aquellas manos que manejaban con presteza cincel y martillo, causando la admiración de todos.

Con justicia, Tablantes se planteaba la posibilidad de llegar a ocupar el cargo de Maestro Mayor y Contraste de Platería.

Para 1775 el Ayuntamiento de Caracas había creado el cargo de Contraste de Oro y Plata, se nombraba al mejor orfebre de la ciudad para que supervisara las pesas (asunto delicado ya que estos profesionales trabajaban con metales y piedras preciosas y debía tenerse especial cuidado en que los tales no fueran combinados con sustancias inesperadas). Sucesivamente desde aquel entonces distintas personas destacadas habían ejercido esta tarea. Por otra parte se había formado el sindicato o gremio que cuidaba en colectivo de que las normas fueran respetadas. Por lo tanto había examen para considerarse orfebre o platero y se celebraban elecciones periódicamente.

Los requisitos para tener tienda eran muy estrictos, el primero se refería a que tenían que ser españoles, de no serlo, no se les otorgaba la licencia, ello fue modificándose con el tiempo de manera que algunos pardos (como Tablantes) podían recibir tal derecho, dados sus méritos.

José Manuel y Gerardo eran sumamente cuidadosos de todas las reglas, y habían logrado organizar un grupo de cuatro aprendices dentro del taller (igualmente considerados pardos), su buena imagen era vista con recelo por cierto sector de la alta sociedad, aquéllos que enviaban memoriales al Rey, jurando lealtad y tenían el ojo puesto en sus fortunas acomodándose a las autoridades españolas siempre y cuando recibieran algún beneficio al respecto.

Pero, igualmente, nuestros amigos tenían sus adeptos.

Llego el día en que Tablantes presentó su nominación ante el Ayuntamiento de Caracas, al mismo tiempo que lo hiciera un señor de apellido Arévalo (con muchas influencias entre las autoridades españolas) y los otro cuatro orfebres de la ciudad.

En el ínterin para que el Ayuntamiento tomara una decisión, llegó a Caracas Doña Solange Rincón, ello hizo que encontrara a su protegido con cierto nerviosismo que le era poco usual. De todos modos él había organizado una bella bienvenida para ella en la que Anne Marie había planificado la mejor parte. Consistía en una velada en la Hacienda de Blandín, resulta que el Padre Sojo, quien tenía la escuela de música más importante de Caracas, la Escuela de Chacao, tenía hacienda y había intentado hacía unos años sembrar una plantación de café con el padre Mohedano. No tuvieron éxito y se unieron entonces al padre Blandín para intentar de nuevo un semillero, obteniendo cincuenta mil planticas.

Esto todo lo contamos y viene al caso porque fue en la Hacienda en donde se hizo tal recepción, y el café y la música se vieron unidos, a la sombra de los naranjos y en la cercanía de los semilleros del café. La velada fue muy grata, llena de encanto. Doña Solange con su elegancia natural los impactó a todos. Por otra parte, aquella oportunidad no sólo sirvió para que Jean Paul Droin conociera a la interesante señora e hiciera buenas migas con ella, sino que, sirvió a Gerardo para descubrir que tal señor era de “ideas de avanzada”, al igual que su ahora tutora, y además para saber que en la escuela del Padre Sojo se leían cosas como el Tratado de Armonía o Diccionario de la Música de Juan Jacobo Rousseau, autor que, como ya hemos señalado, no era de los más “prestigiosos” entre las autoridades españolas.

Gerardo se encomendaba pues, a San Eloy, patrono de los plateros, para que las cosas siguieran andando por el mismo carril, y las intrigas

de su futura cuñada, Jeanette no tuvieran fruto. Muchacha que, por cierto, en aquella recepción hizo lo indecible por causar problemas, y situarse como una verdadera aguafiestas, a quien nadie pareció tomar mucho en cuenta.

Doña Solange organiza su viaje de regreso, no sin antes realizar algunos paseos a la Hacienda de Chacao, disfrutando del paisaje y del aire fresco, más los maravillosos conciertos interpretados con aquellos violines mandados a traer de México y las partituras alemanas y austriacas.

Entre la dama y Monsieur Droin se había tejido una absoluta complicidad y se daba por hecho el matrimonio de Anne Marie y Gerardo, la liberalidad inteligente de Jean Paul había fascinado a la señora y sólo podía haber alegría en esas circunstancias.

En la víspera de su regreso, ella había manifestado deseos de asistir a misa, y Gerardo, como hijo solícito, la había acompañado. Para sorpresa de ambos, el sermón del cura párroco había sido una pieza de oralidad represora digna de la Inquisición; se habló de ideas “irreligiosas y exóticas” y de “libros pecaminosos” que el sólo leerlos llevaba a la condena eterna en los fuegos del infierno.

Hasta Madame Bernard salió cabizbaja y contemplativa de la Iglesia aquella mañana. Gerardo estaba triste y no, la salida de Doña Solange, su regreso, lo inquietaba, la sentía cada día más cercana a pesar de la distancia física tendida entre ambos y lo dificultoso que resultaba viajar de Caracas a Maracaibo, ciudad que apenas hacía pocos años que había dejado de depender del Virreinato de la Nueva Granada para pasar a la Capitanía General de Venezuela, ello hacía que muchos asuntos “administrativos” aún no estuvieran en regla, aunque, al final de cuentas ambas instituciones gubernamentales dependieran de España. Ello traía dificultades hasta en el traslado por mar o por tierra.

Gerardo envió cartas a Cleobaldo y Juvencia, como a sus compañeros del antiguo taller de orfebrería, de pronto sentía nostalgia de todo aquello. Su boda estaba próxima, y no sabía qué suerte le correspondería.

Capítulo VI

De lo acontecido durante la luna de miel, de bailes, allanamientos, huidas y nuevas identidades. De intrigas y nuevo escape

La mañana del 7 de abril de 1791 se casaron Ana María y Gerardo. Lloviznaba y la suavidad de las gotas cayendo producía un velo en los rostros de todos. Nadie se atrevía a pensar en oscuros presagios, tanto eran queridos ambos que todos deseaban les fuera bien. Muchas cosas habían ocurrido antes de aquel día, las presencias estaban, por lo tanto, justificadas por distintos hilos conductores.

Dentro de la iglesia, y ante el altar mismo, Gerardo rememoró la primera visión que tuvo de Ana María, rodeada de sus primas y una institutriz, en la Capilla de Santa Bárbara en Maracaibo. Ahora se preguntaba por ese motivo misterioso del amor, que hace que nos quedemos prendados de una mirada, una forma de sonreír, algún gesto inesperado, como su padre se había enamorado de su madre en aquella procesión de flagelantes que le relatase Cristóbal Martín, o como Doña Solange lo había hecho de Mauricio, aquel hombre fallecido de manera trágica.

El porqué del amor, de su génesis, sería una pregunta humana por los siglos de los siglos, sin respuesta posible, y de tenerla indudablemente perdería su gracia.

Recuerda que de Ana María le impactó la manera como ella era capaz de sostenerle la mirada, cosa poco usual en las mujeres, sobretudo en

las más jóvenes. Pero ¿era eso suficiente? Así había nacido su anhelo de volver a verla, su búsqueda en los laberintos de la ensoñación.

Aquí estaba entregado a la realidad de su deseo. Las circunstancias que le rodeaban no eran, sin embargo, las mejores. Aquel asunto de José Manuel Tablantes y el cargo de Maestro Mayor y Contrastes no había tenido feliz término, después de someter a los candidatos a repetidas pruebas e interrogatorios en el ayuntamiento y cuando ya la juventud y la habilidad de José Manuel se imponían sobre su contrincante cuya vista fallaba y le faltaba agilidad en el oficio) el Ayuntamiento dejó pasar una semana para dar su veredicto, anunciando después públicamente que el nombramiento había sido otorgado a un tal Don Salvador del Hoyo, quien recién se bajaba del barco y había sido enviado por la propia Corona Española. La desilusión no pudo ser peor, José Manuel, tras una larga noche en vela, pasando su pena con jerez guardado (en realidad, para mejor ocasión) y largos parlamentos monologales que tenían por auditorio a Rosa Ramona y Gerardo, decidió, en la mañana, presentarse ante las autoridades y pedir que se le nombrara adjunto al recién llegado. Aquello había despertado un polvorín inesperado al punto de que a Tablantes, a quién se le había concedido el título de Don, se le retirara éste, alegando su condición de pardo y de paso, se le acusa de utilizar el taller de orfebrería para ciertas reuniones en las cuales se divulga propaganda contra su majestad el Rey Carlos IV.

En todo esto aparece complicado Gerardo, dado que ya tiene alguna fama de hombre instruido y de ideas liberales a pesar de no ser de mucho hablar, siempre discreto en cuanto a lo que a su pensamiento se refiere. Pero, ni modo, se le relaciona con amistades y sobretodo con la de un pulpero quien suele envolver su mercancía en hojas de un impreso que señala, en texto en francés, algo relativo a los “Derechos del Hombre”, y a quien se le ha puesto preso meses, deportándosele a España. A ello se suma que la señorita Jeanette, cuñada de nuestro héroe, acaba

de contraer nupcias con un personero de las autoridades españolas, de mal mandar, quien se hace conocido por sus intrigas y mala voluntad. Al juntarse el hambre y las ganas de comer, la posibilidad de ser perseguido aumenta. Los muchachos han decidido casarse rápidamente con la venia del padre de la novia y el acompañamiento de sus fieles amigos, Rosa Ramona y José Manuel, más los aprendices del taller de orfebrería, Madame Bertrand, otros entrañables amigos alumnos de la Escuela de Música de Sojo y el mismo Droin.

En aquella iglesia el Ave María nunca se escuchó con mayor sentimiento. La boda tiene, pues, un carácter casi secreto. Al día siguiente la joven pareja partirá a la ciudad de Coro. Lo harán de manera clandestina, cambiando sus identidades.

Allá les espera Juvencia Gálvez, la fiel empleada de Doña Solange, quien enterada de los percances, se ha ofrecido a ayudarles, aun estando su patrona un poco quebrantada, pero con su bendición.

En Coro les recibiría la familia Quevedo, todo está planeado a detalle, quien todo ignora es, por supuesto, Jeanette. Ana María luce bella, aunque algo pálida y quebrantada, los últimos días le han resultado difíciles, sobre todo por la incomprensible actitud de su hermana. Cuando sus celos comenzaron ella los interpretó como un asunto pasajero, desde niñas entre ambas siempre hubo diferencias, la ausencia de la madre no ayudaba en modo alguno, dado que el padre se había visto obligado a criar las separadamente recurriendo a amistades. La distancia, que en otros casos ayuda a acercar los corazones, en el de ellas las había convertido en dos desconocidas. Adolescentes cuando vuelven a encontrarse no parecen tener muchos puntos de convergencia, podría decirse, según algunos, que se trataba de agua y aceite.

De todas maneras, Ana María, quien alojaba un fantástico corazón, pensaba que el tiempo y la convivencia las ayudaría a saldar tales

distancias. Se equivocó. Con el tiempo las intrigas de su hermana fueron convirtiéndose en una enmarañada red sin hilos sueltos, y un sentimiento de envidia, calcinante, parecía alimentar todos aquellos actos. Hoy la recordaba por ausente. No la imaginaba feliz sino atormentada, como suelen estarlo aquellas almas que concentran el tiempo y la energía de su existencia a maltratar a otros y nunca aprenden a mirar dentro de sí.

Ana María contemplaba la faz serena y sonriente de su marido y pensaba en la facilidad con que éste podía disimular las más profundas pasiones y a veces, las más terribles tragedias. Ambos se preparaban para una vida en común que estaría tan alimentada de solidaridad como de piedras en el camino.

Los baúles estaban listos para emprender el viaje. Ana María regresó un instante a la que fuera su habitación de los últimos años, con el deseo de poder aislarse de atribuciones y novedades y despedirse de aquel amado espacio. No pudo hacerlo porque encontró en ese lugar a la que fuera su aya, la mujer que la había cuidado desde la muerte de la madre. Isabela estaba sumida en lágrimas y ambas habían tenido, sin duda, la misma idea.

Las dos mujeres se abrazaron sin más palabras. Isabela prometió a Ana María que en el futuro iría a verla a su nueva casa, con su nueva identidad pero la joven sabía que eso no sería asunto sencillo, dado que ella y su esposo huían de las autoridades españolas y debían tener la menor comunicación posible con los suyos para no perjudicarlos. Después de algunos abrazos emocionado a todos, la joven pareja emprendió viaje.

Una larga travesía les esperaba. En Coro se hacían los arreglos del caso. Los Quevedo habían conseguido por encargo de Doña Solange una casa para la pareja en la Calle El Sol, en pleno centro de la ciudad.

Los grandes ventanales daban oportunidad a la entrada de una luz maravillosa para dar vida al patio interior sembrado de rosales y un viejo

jazminero eternamente florecido, el que se encaramaba feliz a la pérgola que llegaba a las ventanas de las habitaciones a través del corredor.

Aquel lugar no podía ser más grato. Todo estaba dispuesto para recibir a Gerardo y Ana María y darles la mejor de las acogidas. Juvencia Gálvez se había tomado la tarea, como si fuera la propia madre de Gerardo, de cuidar todos los detalles. Le inspiraba la situación dado que había en ella un espíritu rebelde desde sus días aciagos por aquel manto de punta, y regresar a Coro le daba alegría recordándole aquello. Por otro lado al saber que a Gerardo lo perseguía la justicia española aumentaba su sentimiento de solidaridad con aquella pareja de muchachos, dado que eran para ella enemigos comunes los miembros de la realeza, delegados como regidores de estas provincias. Podrían contar los jóvenes con una madrecita en aquella casa de la calle El Sol.

Ana María y Gerardo hacían el viaje por tierra en su coche de caballos, bastante modesto por la situación. Ello significaba enfrentar miles de dificultades que incluían selvas, plagas, sed y hambre, a pesar de la ración de provisiones.

Como siempre, Gerardo venía acompañado del buen espíritu de sus protectores y ello incluía el portar cartas y direcciones de gente que los acogería en el camino.

La primera estación fue en Puerto Cabello, un lugar ideal para un muchacho que ha pasado sus días a la orilla de un lago fantástico.

En ese puerto los recibió una mujer que ejercía el oficio de la platería, era ya famosa, Eulalia Bruera Armengol, catalana de origen. Gerardo le llevaba carta de José Manuel, quien la conocía bien y la tenía en muy buen lugar entre sus amistades. Llegaron los jóvenes recién casados y fueron muy bien recibidos por la platera, a quien Tablantes trataba de Doña, tratamiento bien reputado. Como era noche se les sirvió cena y era toda ella de productos del mar, preparados en buen aliño

de aceitunas, alcaparras y especias. Con el hambre que traían y la delicia de aquellos platos Gerardo y Ana María quedaron muy satisfechos. Como si fuera poco, Doña Eulalia los invitó a un baile que se celebraría esa misma noche. Aunque nuestros protagonistas estaban bastante cansados la curiosidad y el ser cordiales con la dueña de casa los llevó a aceptar la invitación.

Después de un baño con sales y agua calentada en las brasas estaban bien dispuestos a continuar hacia la fiesta.

Lo primero que hizo Gerardo fue advertir a su anfitriona que sus nombres eran Aquiles e Isabel Teresa del Pino, y que agradecían que desde este momento los llamase así, la señora respondió de muy buena gana y así fueron presentados en aquel lugar en donde estaba todo dispuesto para el fandango. La ahora Isabel Teresa estaba muy bella de guantes largos y zapatos largos y una casaca con apretadores y petos de la que salían pliegues hasta el piso, Gerardo (ahora Aquiles) la llevaba del brazo orgulloso y olvidando por algunas horas las razones de su huida, se disponían a disfrutar de la música interpretada por violines, guitarras, castañuelas y platillos. Arrancó primero una polka, luego un vals, después una cuadrilla y aquello iba cogiendo calor y alegría. Todo era risas, movimiento, mejillas en rubor.

El ponche y hasta la caña blanca eran parte de la fiesta, nunca había visto Ana María que los esclavos y los sirvientes participaran de la recepción como aquí ocurría, Gerardo le había hecho relato de las fiestas en El Milagro cuando Cleobaldo tocaba la guitarra y él y sus amigos interpretaban gaitas, sin embargo, esto era diferente. Estaban ubicados en un espacioso patio detrás de la gran cocina y celebraban allí una fiesta igual que los amos.

Hasta Eulalia Bruera se lucía cuando tocaban una cuadrilla, dando una excelente muestra de su pasión por el baile. Pero, cuando avanzaba

la medianoche y todo era furor, color y estallido de risas, algo inesperado violentó la alegría de todos. Se presentó un Batallón de la Guardia abriendo puertas y amenazando con sus bayonetas. Un silencio espeluznante se produjo. Cesó el sonido de la música. Las parejas se detuvieron y como protección buscaron colocar las espaldas contra la pared. El Capitán español se paseaba entonces acompañado del que parecía un párroco y después supieron representante del Obispo. La mano de Isabel Teresa se escondía dentro de la de Aquiles. Los soldados recibieron órdenes de bajar sus bayonetas y el Capitán se dirigió a todos con una perorata ridícula relativa al celebrar actos indecentes y dio órdenes de que regresaran a sus casas, prohibiendo el baile.

Algunos elegantes y atrevidos dieron un paso al frente y respondieron, Gerardo (ahora Aquiles) se percató de que se trataba de blancos criollos. El Capitán no hizo caso de tales comentarios e insistió en hacer salir a todos hacia sus casas, llevándose presos a los anfitriones. La pareja de los dueños del lugar y hasta a los músicos con sus instrumentos.

Aquiles (Gerardo) e Isabel Teresa (Ana María) salieron con Eulalia subiendo al coche en silencio. En el camino (porque lograron irse sin ser molestados, aún con algunas miradas de extrañeza) Eulalia les hizo ver que mejor era que partieran lo más pronto posible después de descansar un poco.

La nueva amiga díjoles que en aquella región la iglesia estaba dirigida por gente de un rigor a veces absurdo, que consideraban cualquier manifestación de alegría como algo pecaminoso y que lo de esta noche traería consecuencias. Aquiles le preguntó por la suerte de los dueños de la casa pero ella dijo que no había que preocuparse demasiado porque ellos estaban emparentados con gente de las autoridades y eran andaluces españoles ligados a la realeza.

Lo que quedaba de la madrugada nuestros amigos intentaron utilizarlo para dormir, dormir y pensar, pensar y dormir. Porque pronto había

que preparar viaje de nuevo continuando hasta la ciudad de su destino. Sin embargo, no dejaron de comentar que bastante se habían divertido y “lo baila’o nadie lo quita”.

Y como lo pudieron imaginar ambos, esa noche de baile fue inolvidable para el resto de sus vidas.

Pasaron tres días para preparar su bastimento camino a Coro y una de las noches correspondientes Gerardo tuvo un extraño sueño. Se le aparecieron en él: Su madre, la Tuna, Juan David Nao, su padre y Cristóbal Martín, su tutor. Tal como si fueran las tres divinas personas. Entonces cada uno le habló. Supo Gerardo (ahora Aquiles) que ellos querían protegerle a él, a Ana María (ahora Isabel Teresa) y al futuro vástago que aquella ya tenía en el vientre (apenas de una semana de gestación). Gerardo tuvo sensaciones muy vívidas de esa aparición, con olor a azahares y a agua de mar.

Le comunicó entonces a su mujer tal circunstancia y ella, que se sospechaba en estado interesante sintió aquello como una confirmación. La continuación del viaje ahora cargaba consigo esta noticia que no dejaba de alegrarlos y de crearles expectativas.

Gerardo no le comunicó a Ana María, por no preocuparla, su temor de que su salida de Caracas fue *vox populi*, y las autoridades españolas estarían mandando correo a los pueblos cercanos para ordenar su búsqueda. En medio de todo le parecía gracioso y le proporcionaba cierto orgullo el que su salida fuera un polvorín, porque se le atribuía a su persona un peso político en la subversión contra el régimen absolutamente exagerado y fuera de la realidad, tan solo servía de medida para dar prueba del miedo que iba angustiando a las autoridades españolas en escala progresiva. Gerardo pensaba que la revolución vendría, pero la estocada mayor la producirían los blancos criollos.

Cardúmenes, tunas y arenales de colores espléndidos definieron el último paisaje contemplado por la pareja en aquellos días antes de llegar a la ciudad de Coro. Apenas se tropezaron en el camino con algún viajero, sin noticia indudable de que ellos fueran prófugos de la justicia. Ya era bastante, por lo demás, con el calor, los insectos, el agotamiento y otros inesperados sustos de aquella vía (a Ana María casi la pica una serpiente, la misma que dio muerte a uno de los caballos). Llegar a su destino resultó un viaje, en definitiva, difícil de olvidar.

Capítulo VII

De la vida en la ciudad de Coro, de las aventuras de un orfebre y platero en revolución, del amor y lo inesperado

Comenzó la vida en Coro con mucha alegría. Juvencia muy pronto se acostumbró a los nuevos nombres de nuestros amigos, y bastante trabajo tenía con ayudar a la embarazada: preparar el maíz, desgranar las mazorcas, pilarlo y amasarlo, dirigir el lavado de la ropa blanca, tener la casa en orden y la comida servida a tiempo, siempre enseñando a Ana María, quien no se le separaba en todo el día. Gerardo, muy pronto se puso en contacto con los plateros del lugar, de los cuales le había dado referencia Tablantes, teniendo buen cuidado de informarle de quienes estaban a rajatabla con la Corona española y con quienes podía ser más libre en la conversación.

Así, Aquiles estuvo pronto ubicado en un taller, concentrado en su trabajo y ganándose el favor de todos dado su buen carácter y su habilidad indiscutible en el oficio. Había cinco plateros trabajando para la iglesia principal, a Gerardo Aquiles le fue asignada, para su honra, la hechura del sagrario monumental, asunto que, lo tenía muy concentrado en su labor, por largos meses.

A todo esto el tiempo pasaba y recibieron noticia de la amiga de Puerto Cabello, Doña Eulalia, quien les contó que el asunto aquel del baile no se quedó así; el cura de allí, Don Jacobo Montero Bolandas, envió

una carta al Arzobispo de Caracas, la que después fue difundida en heraldo público y en la que se decían cosas como esta! entre las personas de distinción de este puesto se hacen algunos bailes públicamente, abiertas puertas y ventanas hacen algunos bailes públicamente, abiertas puertas y ventanas, con acciones indecentes y escandalosas, como son en las contradanzas y seguidillas, el poner el hombre a la mujer el brazo sobre la cintura y esto sin distinción de casadas ni doncellas, y también el hacer cuatro hombres asidos de la mano, una rueda y entre ella las cuatro mujeres, de suerte que vienen a quedar hombres y mujeres cara a cara, y como en esta postura dan vueltas alrededor se suelen juntar los rostros de unas y otros y se suelen descubrir en esta vuelta las piernas de las mujeres, y sabe Dios lo más que en aquel revoltijo se ofrecerá...

Aquiles e Isabel Teresa pudieron reír mucho al leer la correspondencia que les contaba todas estas cosas, pero no así aquellos que fueron presos por tal asunto y que se veían perseguidos de continuo después de libres cada vez que intentaban divertirse de la misma manera, ganando de paso hasta la excomuni6n.

Al culminar los nueve meses, Ana María se manejaba con dificultad con el peso de su gravidez, por ello el advenimiento de su hijo le dio gran alivio y mucha alegrí. Un atardecer pues, vino al mundo el nuevo Crist6bal, nombre que Gerardo guardaba en secreto. Juvencia asisti6 el parto, ayudando a Isabel Teresa (Ana María) quien entre sudores y lágrimas no podía ser más feliz cuando le fue entregado aquel paquetico de trapos en el que sobresalía la cara limpia de su bebé.

Esa noche hubo fiesta en casa y Aquiles se trajo a todos los del taller de orfebrería para celebrar con vino y ponche la llegada de su primera descendencia.

Entre rosas y jazmines el pequeño Crist6bal daba sus primeros pasos, mientras su madre bordaba manteles de paño y Juvencia vigilaba los

guisos en la cocina, dando órdenes cuidadosas a Milagros, una negrita del lugar a quien había traído Aquiles para ayudar en los oficios de la casa y a quien se pagaba como se podía, ignorando el régimen esclavista. La tal muchacha y un joven que hacía los oficios de jardinero, llamado Javier, habían hecho buenas migas con Juvencia a pesar de que ésta los reprendía de vez en cuando como para no perder costumbre.

Cuando Juvencia, después de un año de nacido el pequeño Cristóbal, tenía nostalgia de la casa en Maracaibo y de Doña Solange, y habiendo preparado a Ana María y la joven Milagros, consideró prudente el regreso a casa de su patrona y así lo hizo. Fue entonces Cleobaldo quien vino a visitarles.

Cleobaldo tenía sus amistades en Coro, y de hecho puso en contacto a Gerardo con un hombre llamado José Caridad González, muy conocido en la ciudad y quien se había ido convirtiendo en un líder, muy querido por' esclavos sujetos tanto como por los cimarrones y esclavos que habían comprado su libertad.

José Caridad era hombre culto, hablaba muy bien el castellano y de igual modo el francés. Amigo de libros gozaba de una admirable biblioteca, hasta había ido a España a pelear en tribunales un litigio de tierras a favor de los negros, habiendo quedado vencedor. Gozaba pues del favor de todos o de casi todos. Cleobaldo lo había conocido en sus andanzas de cimarrón cuando habíase fugado de los predios de un amo que lo maltrataba con crueldad, siendo apenas un niño.

Aquiles e Isabel muy pronto se sumaron a la lista de los amigos y admiradores de José Caridad. Milagros y Javier también le visitaban con frecuencia, puesto que formaban parte de la comunidad que liderizaba. Gerardo Aquiles a través de José Caridad reinició sus lecturas de textos censurados por las autoridades españolas, así tuvo entre sus manos las obras de Voltaire, el *Diario de Enrique IV Rey de Francia* y hasta la Teología del Abate Bernier.

A todas estas Isabel Teresa (Ana María) supo por correspondencia de su padre y los heraldos retardados que emitió el gobierno regional, que Caracas lucía nuevo gobernador, es decir, toda la Provincia, porque el brigadier Don Pedro Carbonell había sido nombrado además Capitán General. Lo primero que había hecho en banda del 20 de mayo de 1793, era dar a conocer la declaración de guerra a Francia. Este asunto la mortificaba muchísimo, porque también se había prohibido la llegada de barcos franceses a puertos venezolanos y de la manera más primitiva las autoridades españolas procedían a encarcelar o cuando menos a molestar a cuanto francés existiera sobre la faz de la Provincia.

Isabel Teresa temía más por su padre que por ella misma, dado que el acento francés se había borrado del todo y no había rasgo alguno en su persona que la hiciera identificada como francesa, El sol de Coro había terminado por dar una coloración a su piel que se había hecho suya, como siempre la hubiera tenido, y el nacimiento de su hijo y las circunstancias que conllevaba la maternidad con el amamantamiento y sus menesteres la acercaban notablemente en su estampa física a las mujeres del lugar, además, Ana María tenía ahora un interés creciente por la tierra y sus frutos, el que había nacido de la faena diaria con Javier, el jardinero, quien la enseñaba a cultivar frutales de jardín, así tenía un hermoso huerto en el que crecía desde el cotoperí a la pomarrosa, del semeruco al zapote, todos daban grato aroma al lugar y constituían la delicia de grandes y pequeños en la dieta diaria. Había pues en la muchacha, un acercamiento tal al entorno en su vida de presente, que bien sentía lejanísima su infancia europea.

Ana María había crecido al lado de su padre, un hombre de pensamiento liberal, quien la mantenía informada de los últimos acontecimientos en Francia, en donde hacía unos años, en 1789, había vivido una verdadera revolución con la llamada Toma de la Bastilla, la que produjo la Declaración de los Derechos del Hombre, documento que

se regó como polvorín por el mundo conocido sin que nadie supiera cómo. Lo cierto es que en las Colonias ya se sabía hasta de la decapitación de Luis XVI ocurrida en 1793. Por todas estas razones la persecución a los franceses en la América española era cosa de tener miedo.

Lo más curioso del asunto es que si bien se perseguían libros prohibidos y hasta el acento con el cual hablaban el español era un hecho sospechoso, los blancos criollos, clase con medios de fortuna, no dejaban de vestirse a la usanza francesa, incluso estaban de moda unas botas puntiagudas llamadas jacobinas y para eliminar el gusto las autoridades españolas tendrían que haber obligado a la oligarquía colonial a abandonar sus hábitos en el vestir.

Como las cosas se ponían difíciles y había mucho comentario en la ciudad, Aquiles e Isabel Teresa espaciaron sus visitas a José Caridad por pedido mismo de éste, pero se multiplicaron sus conversaciones sobre el asunto con Milagros y Javier, quienes servían de correo en este caso. El ambiente estaba cargado de posibles presagios y las autoridades no cesaban de cometer tontas injusticias con indios, negros y hasta con la oligarquía criolla.

El pequeño Cristóbal crecía, había alcanzado los 4 años de edad en 1794 y aprendía a jugar en medio de esta diversidad de cosas. Su padre se lo llevaba de vez en cuando al taller para que se divertiera con martillo y cincel y su madre le enseñaba a reconocer los nombres de las plantas y los aromas de la cocina.

Una temporada de vacaciones, la familia se organizó para viajar a una población cercana llamada Puerto Cumarebo. Allí, uno de los Quevedo, Don Manuel Esteban, vivía con su mujer, una bella negra de Cumarebo a la que todos tenían gran aprecio. Los preparativos eran múltiples y nuestros protagonistas se vieron ante la costa marina organizando víveres, extendiendo manteles y abriendo sombrillas para disponer un

espacio agradable de recreo familiar. Cristóbal jugaba con su pelota con los niños del lugar y paseaba debajo de un cielo esplendoroso. Cuando estaban en las faenas alegres de disponerse a probar el mar, previa utilización de bañadores solo los caballeros, apareció una visita inesperada: se trataba de José Leonardo Chirino, un labriego, hijo de esclavos negros pertenecientes a una familia de blancos criollos. Su madre era india y libre, Chirino, libre también, estaba casado con una esclava. Resultó conocido de los Quevedo y lo que no sabía Isabel Teresa era que la llegada de este señor al paseo había sido planificada.

Gerardo Aquiles había estado asistiendo a unas reuniones de modo clandestino con gente cercana a José Caridad y no había querido informar a su mujer de esto para no preocuparla. Lo cierto es que preparaban una revuelta, y este José Leonardo era el líder.

Ni porque los hombres se hicieron a un lado mientras las mujeres jugaban con los niños a la orilla del mar sospechó nada Isabel Teresa. En último caso queremos reconocer que resultaba difícil comprender lo que por la cabeza de Gerardo podía pasar. Lo cierto es que Gerardo no se sentía parte de ningún grupo social en particular, sabiéndose hijo de quienes lo era (la Tuna y Juan David) había sido criado, además, por un hombre que había corrido en vida las más extrañas aventuras, tan desclasado como era el propio Gerardo ahora. Gerardo poseía la educación de un *señorito*, los modales y el charmé de cualquier hijo de criollo adinerado, más; con su francés bien modulado y su habilidad como orfebre y platero, pero su espíritu era particularmente libre y lo mantenía vivo un profundo sentimiento de justicia que consideraba por igual a quienes le rodeaban y lo hacía despreciar a aquellos que intentaran abusar de su anuencia sobre otros.

Lo que aquí se planificaba era un levantamiento de esclavos y ello entusiasmaba tanto a Gerardo Aquiles como la difusión de las ideas de la Revolución Francesa en pro de la libertad, igualdad y fraternidad.

Chirinos hablaba con conocimiento de causa, era buen amigo de José Caridad, ambos ligados a los libros y las ideas emancipadoras, no eran nunca bien visto por quienes ejercían el poder. Isabel Teresa saludó al nuevo comensal, se retiró a jugar con Cristóbal a la orilla de la playa y con otros niños y sus madres chapoteó entre las olas recibiendo la grata sensación de frescura de las pero, su cabeza no dejaba de pensar en la presencia de este hombre de naturaleza imponente en la reunión, además, la animación de su marido, le hizo sospechar que algo fuera de lo normal se gestaba.

Cuando procedieron a servir la comida, habían do tenido parte en la hechura de la misma, Isabel Teresa procedió a contribuir en servirla, en cuencos de barro con cucharas de palo, aparecieron pues, los bocachico rellenos. Se habían afanado en su preparación, el relleno hecho con tomate, cebollas blancas, cebollín, pimentón y ají, estaba adobado can pimienta negra, ajo, comino, onoto y sal, los pescados, colocados sobre las brasas a la orilla de la playa ahora constituían un verdadero deleite. La muchacha aprovecho e pretexto para acercarse a los hombres llevando la comida, y sin que Gerardo pudiera evitarlo, se sentó con ellos. La conversación continuó e Isa bel se mantuvo en el lugar, Gerardo a su lado mostró señales de nerviosismo, pero Isabel agarró su mano en gesto tranquilizador. Si bien captó la esencia del motivo de la reunión montones de preguntas se agolparon en su pensamiento y decidió no darles curso para esperar estar a solas con su marido.

Isabel Teresa generalmente poco sabía de otras actividades de su marido que no fueran las relativas a la orfebrería y a su acercamiento como padre y esposo, él había optado por mantenerla ignorante de todo, pero ella había tenido la suspicacia de sospechar algo y ahora de vez en cuando hacía preguntas a su esposo, las que Gerardo no se apresuraba en contestar, o lo hacía a medias.

Así estaban las cosas cuando otros acontecimientos distrajeran la vida de Isabel Teresa. Una fue la noticia de una terrible epidemia de fiebre amarilla en Caracas, la cual dio muerte a su aya tan querida. Extrañamente la carta provenía de la pluma de su hermana gemela, quién se mostraba preocupada y solícita, aparentemente la circunstancia la había conmovido, y las descripciones que daba de los estragos que hacía la enfermedad con los pobladores no podían ser peores.

La llegada de una carta de Jeanette impactó en creces a Isabel Teresa, puesto que suponía que si su padre se había atrevido a darle la dirección a ella, tenía que ser por razones de gran peso y, seguramente, la tragedia de la fiebre la había transformado. Tan entusiasmada se puso Isabel que casi aplazó la tristeza por el duelo informado y se apresuró a responder.

A esta noticia siguió la del exilio de su padre. Las autoridades españolas habían decidido expulsarlo, por más Jeanette intervino a favor de que no fuera así. Monsieur Droin había pues, regresado a Francia sin conocer a su nieto Cristóbal. Estas cavilaciones se convirtieron en el centro de sus preocupaciones y casi ignora los comentarios velados que le hace su marido acerca del alzamiento próximo que preparaban.

Gerardo Aquiles salía del taller de orfebrería hacía un trapiche en la hacienda Macanillas, en Curimagua, allí asistía a reuniones con José Caridad y José Leonardo, quienes se habían vuelto entrañables para él. Regresaba a casa a la medianoche, y a caballo. Ana María se había conformado con saber que esas salidas tenían que ver con aquello que se gestaba y que era imposible detener a Gerardo en su deseo de acercarse a ello, de hecho, en ella misma existía el deseo de tener que ver con esos gestos solidarios, que habían enseñado a Gerardo la necesidad de defender en su condición de pardo, el derecho a la igualdad. Ella misma, a través de su padre, era en este momento alguien en la misma condición de marginalidad.

Los conspiradores mudan el lugar de reuniones a la hacienda El Socorro, y allí diseñan su programa revolucionario. Quieren establecer lo que llaman la Ley de los Franceses, así se conocía la idea de la República, eliminar la esclavitud, igualar las clases sociales, suprimir los privilegios y derogar los impuestos de alcabala.

Ahora Gerardo se atreve a hablar de ello a Isabel Teresa, después que ella ha insistido en la necesidad de que la considere su igual, su padre repatriado, su condición misma de extranjera así lo predicán. Una tarde se produce un incidente que traerá mayores lazos entre los insurrectos.

El pequeño Cristóbal, jugando en el monte, es picado por una serpiente cascabel. Atraído por el colorido del animal ha violado todas las precauciones, dándole oportunidad al animalito de inocularle el veneno. Los gritos de Javier atraen a Cleobaldo y Ana María, ambos corren a recibir al niño en brazos del muchacho. La desesperación de la madre no puede ser mayor.

Lo colocan sobre un catre, Cleobaldo rasga la sábana y hace un torniquete en la pierna del niño. Sin previo aviso Milagros ha salido a buscar a María de los Dolores, la mujer de José Leonardo Chirino. En minutos se presentan las dos y sin palabras previas María se arrodilla al lado del niño. Ana María (Isabel Teresa) observa cuando la mujer coloca tabaco en la herida y luego un amasijo de hierbas y aguardiente. Cleobaldo, de pie, dice el ensalmo: —Oh, glorioso San Benito, San Pablo Bendito y San Pantaleón, líbranos de animales ponzoñosos y rabiosos, en la merced y gracia que él te hizo en la hora de su muerte, dándole para su bien diez mil dones de gracias, por el verdadero nombre de Jesús, María y Jerusalén, Amén.

Cleobaldo abre el torniquete, y absorbe con su boca el veneno escupiéndolo al unísono. El niño, después de una silenciosa espera de todos, en la penumbra, abre sus ojitos. Acepta la totuma de agua que su madre

le ofrece y sonrío. Entonces Ana María no tiene más que palabras de agradecimiento.

A los días de ver a su hijo recuperado, Isabel Teresa hace que Cleobaldo la lleve a la choza de María de los Dolores para agradecer su ayuda. Isabel Teresa ruega a María el que acepte un regalo, se trata de su propio manto de punta, cubre con él la espalda y los hombros de la mujer y trae a los niños (María Bibiana, José Hilario y Rafael María) polvorosas, buñuelos de yuca y dulce de hicacos. Esta visita sella la amistad entre las dos mujeres.

Gerardo cuenta a Isabel Teresa que quienes participan en la conspiración no son todos leídos como José Caridad y el mismo José Leonardo, pero los une pertenecer, a través de sus ancestros, a la tribu de los luan-gos, venidos del territorio africano de la región al norte del río Congo.

No solo los negros esclavos estaban en pie de guerra. Los labradores libres de la Sierra cada vez estaban más descontentos con las autoridades, sobre todo desde la imposición de un impuesto de “peaje” para todo el que bajaba de la Sierra.

Por aquellos días llegó a casa Gerardo temprano, a una hora de la tarde en que no solía estar allí, llamó a su mujer y de manera misteriosa le colocó al cuello una pequeña joya primorosa, consistía en un cristo labrado con incrustaciones en piedra, de plata con hilos de oro, era una pieza delicada y hermosa. Ana María agradeció el gesto inesperado. Aquella joya sería una señal.

El 10 de mayo de 1795 se realiza un baile en la hacienda Macanilla. Los tambores comenzaron a sonar desde temprano, los minas y las curbetas con sus golpes característicos, después los chimbanguales, se oyen llamados por la Serranía. Cleobaldo, Javier y Milagros no están en casa. Isabel Teresa distrae a Cristóbal con granos de maíz sobre la mesa de la cocina, escucha las voces y los golpes de tambor, sabe que hoy algo

ocurrirá. Presiente que Gerardo no regresará esta noche. Espera. Pasadas las horas y en la oscuridad de la noche los insurrectos han salido a clamar justicia, asaltan la casa de la hacienda Macanilla y dan muerte al hijo del patrón y un huésped, de allí pasan a la hacienda Varón en pie de lucha, incendian las casas de La Magdalena y Sábana Redonda. La noche termina. Isabel Teresa duerme con su hijo, sin noticias, presiente el periplo de la rebelión.

El levantamiento pasa a El Canire y El Naranjal, en Curimagua darán muerte a José Tellería, el que fuera patrón de José Leonardo Chirino. Siguen en plena Sierra a la población de San Luis, apresan al Alcalde y regresan a Macanilla para organizar la marcha a Coro. José Leonardo debe tomar otra vía para juntar adeptos a la causa. Los otros marchan vía Caujarao y dan muerte a los guardias de la alcabala. Ya en Coro, corren y se abrazan. La muchacha está delgada y ojerosa, ha perdido su natural vitalidad, le cuenta, nerviosa, detalles dispersos de la tragedia. Pasaran meses para que se recupere parcialmente.

Cuando la gente empieza a dejar de lado lo ocurrido, recibe la visita de una dama extraña, envuelta en tules, el rostro oculto. Se trata de su hermana Jeanette, las dos se miran emocionadas, y finalmente Ana María (Isabel Teresa) invita a sentar a su hermana ante la mesa, y ambas lloran por el encuentro. Jeanette viene a avisarle que Gerardo está a salvo, ella misma lo ha ayudado, todo a espaldas de su marido.

Jeanette ha viajado con una joven esclava, de su mayor confianza, sin que su esposo supiera a dónde, habiéndolo convencido de que necesitaba unos baños en las aguas termales de Las Trincheras.

Las hermanas conversan con pasión, deben tomar rápidas decisiones. Ana María deberá viajar separada de su hijo para evitar sospechas, el pequeño Cristóbal se irá con Milagros y Jeanette se quedará en casa para hacerse pasar por su hermana. Gerardo está en la población de La

Guaira, otro puerto importante por donde podrían escapar, dado el caso. Sin embargo, por ahora, está seguro allí. Ha cambiado de nuevo su identidad recuperando la verdadera, y lo mismo deberá hacer Ana María pues ello los protegerá. Nadie sabe de sus vidas en Coro, Ana María acoge el plan después de una larga discusión con Jeanette, Cleobaldo ayuda a convencerla.

Esa misma noche partirá Milagros con el niño y con algunas pocas pertenencias, irá a Maracaibo, a la casa de El Milagro, con Doña Solange. Ana María ha cambiado hasta su modo de vestir para regresar a ser ella misma. Saldrá del puerto de La Vela de Coro hasta el Puerto de Maracaibo, de allí deberá salir a Curazao donde la recibirán amigos de su padre, y en esa isla tomará embarque a Puerto Cabello y luego La Guaira, la misma travesía que hiciese Gerardo hace unos años cuando no se conocían.

El plan se lleva a cabo, Jeanette y su joven esclava, de nombre Esther, se quedan con Cleobaldo. Varias semanas son necesarias para que los viajeros lleguen a sus destinos.

Ana María debe tomar la embarcación en Maracaibo sin detenerse, no debe dejar sospechas a las autoridades, en Curazao deberá encontrarse con un antiguo amigo de su padre en un lugar, la Sinagoga Mikve Israel Emanuel, en De Hanchi Snoa 29, en el centro de Willemstad.

Todo se cumple con precisión, la muchacha después de su travesía por mar, llega al lugar indicado, allí ya le espera Don Benjamín Ackerman. Este hombre, de la generación de su padre, la recibe con calidez, le da de comer y la lleva a descansar a su casa, en donde su esposa espera por ella. Ana María recibe con agrado los gestos hospitalarios de estas personas, pero su espíritu está lejos, con su hijo y su marido. Los esposos Ackerman la acompañan al Puerto al otro día para enviarla vía Puerto Cabello, antes le entregarán un dinero, antigua deuda con su padre, el caballero Droin, ahora en Francia.

Mientras tanto, Gerardo, en la casa en donde permanece en La Guaira, por encomienda de Jeanette, tiene un sueño inquieto lleno de sobresaltos, sobrevienen en él los rostros de sus protectores fallecidos.

Capítulo VIII

De La Guaira y sus alrededores, de extraños sueños en alta mar, de historias de amor encarecido, de un crucifijo como santo y seña y de feliz reencuentro

Gerardo había salido una noche siniestra de La Vela de Coro, en una embarcación con más posibilidad de zozobrar que de mantenerse sobre la superficie de las aguas. El *muchacho sobre* cubierta observando los ires y venires de los marineros, dominando velas y siguiendo los movimientos necesarios para mantener la embarcación.

Cuando se hubo calmado la borrasca pudo, dedicándose a la contemplación de un horizonte menos turbio, pensar en lo que dejaba. Confiaba en Cleobaldo a pie juntillas, el temple de este hombre le hacía creer que sí volvería a ver a su familia y las imágenes de Ana María y Cristobalito se le agolpaban en la memoria como rosas con espinas.

Mirando el mar descubrió el color de la plata en las olas.

Para sorpresa suya, el marinero que le ayudaba a escapar resultó ser nada menos que Oscar Montován, uno de sus compañeros orfebres de Maracaibo, este había abandonado aquel oficio habiéndose dedicado al comercio marítimo e incorporándose al malestar creciente que invadía a los criollos frente a la Corona Española.

El asombro también se produjo en el colega puesto que si bien conocía las ideas de Gerardo no lo suponía amigo de sumarse a una revuelta de esclavos, sin embargo calló sus dudas y procuró ser generoso con el antiguo compañero a quien admiraba.

El orfebre iba a La Guaira y debía hacer escala en Puerto Cabello. Gerardo debía tratar de ubicarse en ese puerto, esto podía ser posible dado que las comunicaciones en la Provincia eran bastante lentas y perfectamente en la Guaira y en la misma Caracas podían ignorar por meses sino para siempre el que en Coro se hubiera producido alguna revolución.

En estas silenciosas noches del viaje se habían reiniciado los sueños con su madre, Juan David y Cristóbal Martín, los veía convivir con tranquilidad en aquel barco de piratería del que le hablara su tutor y parecían flotar entre esferas luminosas.

Aquellas apariciones le reconfortaban, era como si en medio de la incertidumbre un espacio de calma se abriese para hacerle sentir seguro de la supervivencia.

Llegó a su destino preocupado, soñoliento, delgado y más que eso: con un aspecto enfermizo que parecía haberle hecho envejecer notablemente, comenzaba a preguntarse si estaría destinado a una vida de alegrías profundas y cortas entre largos períodos de angustia.

La Guaira era, como toda ciudad puerto, un espacio de luz y color con el mar de fondo. Las estrechas calles empinadas muestran fachadas coloreadas audazmente, por todas partes se siente movimiento. Los frailes franciscanos abundan con sus sandalias y su hábito marrón amarrado a la cintura con un cordel. El hospital San Juan de Dios y el Convento hacen sentir su presencia. Un enjambre de mujeres negras con cestas sobre sus cabezas venden pescado fresco y otros productos del mar. La fachada de la antigua casa de la Compañía Guipuzcoana recuerda a Gerardo las historias de Doña Solange Rincón y sus amores con Mauricio.

Los funcionarios de la Corona se reúnen en el muelle recibiendo barcos y mercancías para su requisa de ordenanza. En este mundo también se mueven los jugadores, las rameras, los traficantes de licores y, por supuesto, los piratas.

Oscar acompaña a nuestro protagonista hasta una pensión modesta y limpia regentada por una pareja. Ella blanca y él negro, quienes, inmediatamente despiertan la curiosidad de Gerardo. El muchacho se enterará después de que Juan Nepomuceno y María Manuela han tenido una larga y peleada historia de amor, de la que han salido finalmente victoriosos y felices.

He aquí el cuento:

Ocurrió que él había nacido esclavo en la hacienda del padre de ella, allá por los montes andinos. Crecieron y se criaron juntos y el tiempo y la cercanía hizo que se enamoraran siendo jóvenes. Juan Nepomuceno tuvo la osadía de dirigirse a su amo para solicitar en matrimonio la mano de su hija, ante lo cual éste estalló en cólera y envió correspondencia al Vicario considerándose atropellado por la servidumbre. En su carta citaba la compilación de las Leyes de Indias, las Partidas Alfonsinas, las Reales Pragmáticas y otras obras de notables juristas españoles. Pero no contento con esto había vendido al joven Juan Nepomuceno a un hermano quien vivía muy lejos, en Barinas. Habiéndolo trasladado hasta ese lugar había hecho además que lo acusaran de robo para que fuera puesto preso.

El esclavo logró fugarse de la cárcel de Barinas y regresar a Los Andes, donde, secretamente, localiza a su novia y juntos se presentaron ante el Vicario, quien, no solo los casó sino que intervino para que al padre de la muchacha, en castigo, le fueran confiscado sus bienes. El hacendado recurrió hasta el Virrey y el Arzobispo de Bogotá para anular el matrimonio, pero no lo consiguió.

La pareja viajó mucho buscando un sitio donde no fueran tan señalados por sus diferencias étnicas y finalmente se habían instalado en la Guaira, en donde además ya tenían tres hijos.

Cuando Gerardo conoce esta historia tiene varios meses viviendo en la pensión y está a la espera de su esposa Ana María, a quien sospecha en camino. De Cristóbal, su hijo, sabe por correspondencia de Doña Solange. Resulta ser que Juan Nepomuceno es hermano de Cleobaldo, quien sigue en su casa de Coro, y a quien se debe que a Gerardo le hayan dado alojamiento en la pensión.

Gerardo se ha enterado por Oscar, entre brumas de mar ligadas con el ala de una vela o el velo de un alcatraz, que la venganza de los españoles había sido devastadora, y plagada de muertes y persecuciones. Como alguna vez sospechó; todo aquello fue subterráneo para el resto de la Provincia, es decir, no ocurrió.

Ahora comienza un nuevo año, España ha iniciado guerra contra Gran Bretaña para su propia ruina, como consecuencia son aumentados los impuestos en las Colonias, y exigen mayores provisiones especiales, muy por encima de las acostumbradas. Esto va en detrimento de la economía en las Colonias. La guerra contra Francia ya terminada no ha traído mayores consecuencias, pero ahora el asunto toma otra cara. La situación de descontento de los hacendados criollos va en aumento en la misma proporción. Por otra parte los ingleses se mueven por el Caribe e incitan a las colonias a levantarse contra la Corona.

Gerardo no estaba ausente de estos manejos, aunque su preocupación fundamental ahora sea reunir a su familia a su lado. Pero sigamos ahora lo acontecido en la casa de Coro, donde Jeannette se ha mantenido para hacerse pasar por su hermana gemela Ana María. Como se esperaba a la semana del cambio entre las hermanas, se aparecieron las autoridades españolas en la casa, se trataba de un Capitán y algunos soldados, dispuestos a llevarse a Gerardo Aquiles como implicado en el movimiento. Les recibió Jeannette y les insistió en que su “marido” no tenía nada que ver en el asunto la muchacha, con mucha suspicacia, se defendió con

soltura. Además, creó tal confusión entre los delegados que aquello ya no se entendía, terminó casi forzándolos a que la tomaran como rehén y logrando su objetivo mantuvo su teatro en el trayecto del largo traslado a Caracas. Pero al llegar allí se armó la de San Quintín.

La joven de un día para otro comenzó a comportarse como Jeannette y dejó de ser Ana María, entonces protestó dado que “siendo esposa de un funcionario español de alto rango había sido confundida y maltratada por traición”. Su marido intervino (sin estar muy seguro de lo que pasaba) y nadie más preguntó ni por Ana María ni por Gerardo. Y Jeannette regresó a casa como que si tal cosa.

Ahora veamos qué pasó en Maracaibo: Milagros llevó sano y salvo al pequeño Cristóbal a la casa de Doña Solange. Allí el niño, si bien no dejaba de preguntar por sus progenitores, parecía comenzar a acostumbrarse a una nueva vida, espantando las palomas del enorme patio solariego, escribiendo y leyendo en castellano tanto como en francés, escuchando las historias de esclavos cimarrones y pardos libres que le cuentan Milagros y Juvencia y contemplando el bello paisaje del lago por las ventanas traseras de la casa.

¿Y Ana María? Pues ella también tuvo sus vicisitudes. Pasó de un emisario a otro, amistades y familiares, los orfebres tuvieron su parte. Por cierto que, temiendo ser descubierta por las autoridades utilizaba como santo y seña el crucifijo que le habla regalado su marido y que tenía las características propias de las piezas de ese orfebre. Los de su profesión la reconocían enseguida. Sin embargo, temían que si las autoridades se enteraban podían apresarla y colocar a otra que se hiciera pasar por ella con el mismo detalle, y así capturar a artistas y artesanos. Lo cierto es que el viaje resultó lleno de situaciones para una mujer como Ana María quién lamentaba la distancia de su pequeño Cristóbal,

sobre todo cuando veía algún niño y especialmente si tenía oportunidad de intercambiar palabras con él.

Gerardo, ni corto ni perezoso, viajó a Caracas para contactar de nuevo a sus amigos la pareja de pardos Tablantes, ellos, asombrados lo veían como una aparición. Le recibieron con la calidez de siempre, y después de escuchar sus numerosas aventuras, pasaron a establecer con él un plan para ayudarlo a estabilizarse nuevamente. Para ello José Manuel le asignó pequeños trabajos, y lo dotó de materia prima para que en su lugar en La Guaira comenzara a crearse un espacio. Así las cosas se encaminaban de nuevo y Gerardo regresó optimista al puerto.

Cuando Ana María por fin llega al puerto esperado, Gerardo ha logrado rentar, por unas pocas monedas, una pequeña casa, cercana al mar, para recibir a su esposa. La muchacha lo había buscado, identificándolo con su nombre y apellido hasta dar con él. Lo cierto es que entendieron ambos que las previsiones de las autoridades con relación a la seguridad no eran lo suficientemente rígidas como para detectar el hecho de que aquí estaban, en otra ciudad y con sus nombres verdaderos, sin novedad.

El reencuentro fue hermoso, emotivo, ambos lloraron y ambos, sin decirselo, se veían envejecidos el uno al otro. Habían tenido hasta ahora una vida matrimonial llena de aventuras y retos, ojalá y en adelante, las cosas pudieran tomar un ritmo tranquilo Así lo esperaban.

Capítulo IX

De la llegada de extraños al puerto y de un niño que crece y descubre misterios

Pronto estuvo Cristóbal de vuelta con sus padres y Ana María y Gerardo tuvieron su encuentro. La vida tomaba el ritmo de las olas marinas que tocaban aquel agitado puerto de La Guaira.

Ocurrió entonces que una mañana cuando era conducido a la escuela, Cristobita se detuvo a observar, despavorido, la llegada de unos hombres al muelle. Eran reclusos traídos directamente de la Península Ibérica por las autoridades, maniatados, tratados con dureza y sin decoro. Aquellos hombres llamaron pronto la atención de todos los que se encontraban en esa vía del puerto. Los oficiales emitían órdenes y sus subordinados empujaban con temor a aquellos rehenes.

Cristóbal no avanzó más hacia la escuela. Con el atado de sus libros a la espalda, su cuerpo estaba petrificado observando el séquito. Veía con conmiseración aquella procesión y algo en su cabeza le decía de su cercanía posible a aquellos hombres maltratados. De pronto, uno de ellos, percatándose de la presencia del pequeño y la madurez de aquella mirada, le sonrió. Cristóbal, desconcertado, contestó de inmediato con el mismo gesto, algo sucedió entre los dos en ese momento.

El niño esperó a que desapareciera el grupo de prisioneros y sus verdugos en la lejanía, para continuar con paso firme hacia su destino,

silencioso ahora tomaba la mano de Milagros pensando en aquel que había buscado su mirada. Más tarde supo, al poner atención a una conversación entre sus padres (de las cuales estaba ahora muy pendiente) que aquellos hombres habían sido traídos en esas circunstancias por ser los responsables de un levantamiento contra el Rey, de España, aquello se había llamado: La conspiración de San Blas, y quienes tenían pena de muerte veían cambiado su destino por la América. Ellos eran Juan Bautista Picornell, Sebastián Andrés, Manuel Cortés Campomanos y José Lax.

Los días que se sucedieron, Cristóbal en sus solitarios juegos de niño, en el jardín de la casa, calladamente imaginaba y representaba lo que había ocurrido en España, y las supuestas vicisitudes de estos hombres, ahora prisioneros. Con espada de palo y sombrero de papel imitaba el diálogo posible y la contienda terminando en un agitado discurso por la libertad, que, hasta a él mismo le parecía exagerado y trágico. De estas representaciones nada sabían los otros habitantes de la casa.

Ana María participaba en un grupo de señoras que se reunían a bordar para la elaboración de lencería, una empresa naciente en el lugar. Ello y el cuidado de su hijo ocupaban sus horas. Con frecuencia sabía de su hermana Jeannette, al marido de esta lo habían trasladado a Cumaná, una ciudad de la Costa Este de la Provincia. Se alegraba mucho cuando llegaba correo de esa región.

Doña Solange, solitaria en Maracaibo, envejecía. Recluida en sus lecturas, solía escribir largas cartas al que consideraba su hijo: Gerardo Martín. En ella daba noticias de Vicente y alguna vez de Oscar, antiguos compañeros del taller de orfebrería y de otros conocidos de aquella época. También recordaba las nuevas de su héroe, Francisco de

Miranda. De este se sabía que por aquel 1796, después de haber participado directamente en la Revolución Francesa, siendo General de división de los ejércitos de la República i pública, es puesto preso en dos oportunidades por calumnias e intrigas de quienes le rodean. En el 1795 publicó un folleto titulado: “Opinión del general Miranda sobre la actual situación de Francia y de los remedios que convienen a sus males”, analizando los posibles excesos que podían haberse cometido con la Revolución. Sabe también la Doña que Miranda se ha convertido en asiduo visitante del Salón de Madame de Stâel, escritora, esposa del embajador de Suecia en Francia. Y ahora no es solo de Doña Solange de quien Gerardo recibe noticias de Miranda, sino que, en su nuevo círculo de amigos, brilla con especial luz propia su nombre eminente. Un intelectual llamado Manuel Gual, de cuya casa pronto nuestro héroe es asiduo visitante. Se comenta que tiene la biblioteca más completa en varias yardas a la redonda y es generoso y obsequioso con sus amigos al brindarles ésta.

La vida de todos los días tiene, para esta temporada, más que ver con los anhelos de cambio social y las ideas que promulga la nueva literatura que llega a sus manos. Como en cadenas de circunstancias se le revelan en su memoria muchos de los diálogos escuchados entre Don Cristóbal Martín y Solange Rincón y Portales mas su propia historia en aquellas tierras de Coro cuando el alzamiento de Chirino y su gente. Todo ello ha ido conformando en la cabeza de Gerardo un modo de mirar las cosas, una manera de concebir la vida, en la que el deseo de libertad y el conocimiento de lo que deben ser los Derechos del Ciudadano toman vuelo. Don Manuel Gual tiene relaciones clandestinas con los prisioneros de la Corona Española que han sido traídos a este pueblo por el levantamiento de San Blas, todo ello va sumándose a lo divulgado en volantes secretos, a lo conversado en gratas reuniones de complicidad.

Ana María es solidaria con su entusiasmo, si bien por razones de seguridad ella no asiste con él a tales encuentros, su marido viene siempre dispuesto, por lo menos a hacerle ver la cercanía a este movimiento que se promueve como polvorín. Sabe Gerardo de algunas acciones de Francisco de Miranda, las cuales, evidentemente, son producto de su única potestad, relativas a la búsqueda de ayuda en varias naciones europeas para organizar la lucha por la Independencia de las colonias americanas, y él, ahora hombre casado, padre, le sigue admirando como antaño siendo un muchacho a la búsqueda de su destino.

Con frecuencia reflexiona también sobre el peligro que corre, sabe que las autoridades de la Provincia están demasiado exaltadas con rumores de sublevación aquí y allá, la situación es cada día más difícil y no habrá perdón para la insubordinación a la Corona Española.

Gerardo contempla con amorosa mirada a los suyos, Ana María ha sido una buena esposa y una gran amiga, en su fantasía ha terminado por imaginar a su propia madre (a la que nunca conoció) como ella, y se pregunta si el hecho de llevar ambas el mismo nombre no se habrá producido por un acto desconocido de su mente (el haber elegido a una Ana María por esposa), la ve jugar con su hijo, el pequeño Cristóbal y los dos son para él la imagen misma del ensueño, lo protegido, lo bien amado, la razón de su existencia. Gerardo quiere para ellos la alegría, el entusiasmo, la libertad. Está profundamente orgulloso de su familia y piensa con temor y dolor en que algo pudiera ocurrirles.

Confía en sus seres cercanos, Doña Solange, Juvencia Gálvez, Jeanette (cuyo cambio de conducta ha traído mucha dicha a todos) y solo le queda por considerar que en el caso de que le ocurra algo a él y a Ana María tendría a quien acudir para el cuidado y protección de Cristóbal. La noche está poblada de estrellas y el cielo es limpio y hermoso sobre el patio de su casa, el jazminero puebla de aromas el tiempo y el canto de las cigarras pone un toque nostálgico al paisaje. La vida continúa.

Cristóbal juega con su caja de soldaditos de plomo en el patio trasero de la casa. Le acompaña su mascota, un chaw-chaw aclimatado a estos calores de La Guaira, lo llama Centurión.

Cristóbal coloca en línea los soldaditos y les da orden de marchar, es noche cerrada y sus padres lo imaginan durmiendo. Pero la fuerza de sus estados de ánimo y el deseo de incursionar en este patio oloroso a jazmines y techado de cielo abierto no le permite permanecer mucho tiempo en la cama. Prefiere jugar y soñar.

De repente hay ruidos extraños. Parecen estar abriendo la caballeriza, escucha los cerrojos de la puerta mayor y corre a recluirse con Centurión en una cueva creada por el espesor de la vieja enredadera, aguanta la respiración y espía. El portón se abre, entra Gerardo acompañado por otras sombras. Son dos hombres y el criado de casa. Cierran el portón y tratan de no hacer ruido.

Cristóbal abraza a Centurión, no quiere que puedan percibir su jaeo, teme lo que pasará si su padre descubre que no está en la cama a estas horas. Gerardo trata con cuidado a los extraños, les indica el pasillo hacia las habitaciones de los sirvientes, va tras ellos. Cristóbal está acurrucado sobre su perro cuando los otros vienen, entonces, desde su escondite, alcanza a reconocer un rostro. Como un relámpago la escena del puerto viene a su memoria, recuerda esa sonrisa. Son los cautivos traídos en el barco español, son los encadenados conducidos por el muelle a pie cuando él iba hacia la escuela. El estómago le tiembla. Los ojos de su perro están clavados en él, espera alguna orden. Cristóbal se asegura de que ya se encuentra solo en el patio. La puerta ha sido cerrada y puede escuchar rumor de voces en la habitación a la cual han entrado aquellos personajes con su padre. Hace con el índice la señal de silencio dirigida a Centurión y sale con él, siempre agarrado, a paso muy lento hacia su habitación.

Se acuesta y Centurión a sus pies. No puede dormir. Ahora sabe de un secreto inesperado y comprende que no podrá descubrirlo, comentarlo, revelarlo a nadie, solo Centurión, en esa complicidad solemne.

A la mañana siguiente Cristóbal está impaciente por revisar la casa, quiere saber muchas cosas y no soporta su propia expectativa. Se levanta muy temprano, toma su bulto escolar y se apresura secretamente a las habitaciones de servicio, pero... todo está vacío. Su madre lo consigue en esos menesteres y lo interroga, pero el niño nada dice. Ella lo mira extrañada y lo envía a la escuela...

Capítulo X

De lo que sucedió en una nueva revolución posible, de la solidaridad y el amor

Lo cierto es que el pequeño Cristóbal si había descubierto algo cierto. Gerardo y Ana María se habían unido a la ola de entusiasmo que rodeaba como una aureola a esos personajes venidos de tan lejos a la cárcel en La Guaira. Juan Bautista Picornell estaba condenado a cadena perpetua pero pasaba por estas tierras sólo para su posterior traslado a Panamá. Sin embargo su atrayente personalidad y el halo de misterio que le rodeaba le había convertido rápidamente en centro de atracción para muchos: pardos y blancos criollos, quienes ya de diferentes maneras habían escuchado y leído acerca de las nuevas ideas promulgadas por la llamada Revolución Francesa.

Se atribuía a Picornell el haber editado los ahora famosos Derechos del Hombre, y el barbero de La Guaira se jactaba de haber recibido un ejemplar de sus propias manos cuando le había correspondido cortarle el cabello en la celda. Esto no era de extrañarse si consideramos que hasta el Comandante Interino de la Guardia en La Guaira se dirigió por escrito al Capitán General de la Provincia pidiendo autorización para conceder ciertas ventajas al reo y cuidados especiales, dado que venía enfermo, y ello le es concedido, en cuanto a asistencia y cuidados, tal y como si estuviese en un hospital.

Llegan a la misma cárcel otros trasladados desde España: Sebastián Andrés, condenado al presidio de Puerto Cabello, y Joseph Lax, llegaron en dos bergantines de correo, el “Pájaro” y “Lanzarote”, ellos deberían haber permanecido incomunicados en La Guaira y luego trasladados a Puerto Cabello donde cumplirían sentencia. Lo cierto es que los reos se ganaron la simpatía de todo el mundo, y se dice que en las celdas se celebraban reuniones a las cuales venía hasta gente de Caracas.

Cuando la fuga se produce son muchos los implicados. Resulta que la cárcel estaba a cargo del Batallón de Pardos, el sargento de este Batallón llamado Alejo Landaeta, fue acusado de complicidad el 30 de junio de 1797.

Oficios y minutas van y vienen por todas las colonias españolas con relación a esta fuga. Las islas del Mar Caribe y sobretodo la isla de Trinidad, ahora en manos inglesas, son lugares de posible encuentro de los prófugos, a quienes se les debieron unir cabecillas de La Guaira como José María España y Manuel Gual. El caso es que hubo una delación y, extrañamente, partió de pardos libres. Los fugados y sus cómplices están siendo buscados con terror por todas las costas, el último documento que consideran una pista es la edición de Los Derechos del Hombre que se comprueba impresa en la isla de Guadalupe por Juan Bautista Picornell. Sebastián Andrés es aprehendido en Caracas.

Así pasan los días. Don Pedro Gual y Don José María España son las cabezas de un nuevo movimiento emancipador, esta vez gestado desde La Guaira, blancos criollos se organizaron para dar el salto. Los documentos venidos por contrabando sobre la revolución Francesa continúan dando frutos. El polvorín corre con facilidad y viene de esas aguas de plata.

Los fugados de la cárcel, prófugos condenados por actividades subversivas en España han contribuido a llamar a la rebelión ahora en estas tierras de América. Juan Bautista Picornell es la sonrisa impresa en la memoria del niño Cristóbal.

Se cuenta que fue el Alcalde de la cárcel Joseph Francisco Oramas quien por “descuido o negligencia” dejó en el presidio las llaves de los calabozos donde estaban encerrados los reos. Luego el sargento de la guardia los dejó ir, según declaración de los soldados que la componían. Todo esto produjo que fueran cambiadas las milicias de pardos por milicias de blancos. Están siendo allanadas las casas de sospechosos. A la de Gerardo y Ana María llegan una noche. Cristóbal se despierta con el ruido de choque de metales, ve una antorcha que pasa frente a su ventana, y siente el sonido de las voces de los criados abriendo las trancas de las puertas. Primero son susurros y luego gritos. Cristóbal salta de la cama al escuchar la voz de su madre, dice: —¡No, no, no se lo lleven!

Entonces corre, va hacia el salón. Los soldados rodean a Gerardo apuntándolo con bayonetas, dos de ellos lo retienen por los brazos, los criados miran con miedo e indignación la escena, hay palabras que Cristóbal no logra entender. Comprende que se llevan a su padre, a Ana María la lanzan contra el suelo cuando intenta ir tras Gerardo. Salen a la calle llevando al orfebre con sables y bayonetas. Cristóbal ve la cara de su padre y le sorprende su serenidad, cuando pasa a su lado le dice:

—No llores, Cristóbal, eres un niño valiente, debes cuidar a mamá.

Sus manos amarradas quieren tocar la cabeza del niño pero los soldados no se lo permiten. Cristóbal ve salir la comitiva, seca sus lágrimas y siente ahora la presión amorosa de los brazos de su madre. Los criados lloran también.

Un heraldo descubre que Picornell ha sido visto en Curazao, pero otros hablan de Guadalupe, hasta de Trinidad. Hay una oferta hasta por 10.000 pesetas para quien entregue a cualquiera de los prófugos incluidos Manuel Gual y José María España; se dice que estos dos últimos se embarcaron en Curazao en un “buque americano cargado de fusiles y pertrechos”. Y también que Picornell no solo sacó una edición de Los

derechos del Hombre sino también de una canción llamada la ¡Carmañola Americana! para entregarla en Tierra Firme. Se entra en conflicto con el Gobierno de Curazao y se cortan las comunicaciones con este, lo que causa graves consecuencias si recordamos que la única vía de comunicación entre Maracaibo y Caracas es la isla de Curazao.

Se comenta que Gual y España tienen de 400 a 500 hombres, con 1.500 fusiles, pertrechos, municiones y “multitud de lanzas para subvertir la esclavitud y la gente de color”.

Un agente marítimo Delegado del Directorio de Curazao escribe al Capitán General de Venezuela y da constancia de un papel contentivo del plan de Gual y España, en el que se planea efectuar un desembarco en las costas de La Guaira. El sargento, el cabo y los soldados de las Compañías de Pardos de Artillería de La Guaira son juzgados y condenados.

Don José María España está en Trinidad y se lo coloca un espía que lo sigue a todas partes, se lo intercepta la correspondencia. Su mujer, Joaquina Sánchez tiene la casa por cárcel en La Guaira.

Gerardo aparece en una lista de indultados. Ana María va a buscarlo a las puertas de la prisión con Cleobaldo. Gerardo, flaco, desmañado, taciturno, los abraza en silencio. Ahora seguirá los acontecimientos con más cautela, se sabe vigilado. Ha aprendido a tomar precauciones para proteger a su familia y a su propia persona. Tiene un pequeño taller de orfebrería en La Guaira, y sus encuentros con José Manuel Tablantes y su esposa Rosa Ramona son permanentes. De su martillo y su ingenio nacen hermosas piezas de orfebrería, mientras su cabeza piensa y ruega por la suerte de sus amigos y la causa. La cercanía del mar produce en su memoria y su imaginación deseos continuos de sueños de viaje, los atribuye a su pasado ancestral, a sus progenitores. El mar siempre cercano ha sido su destino.

Cristóbal y Manuelito (hijo de Tablantes) crecen con celeridad y se hacen grandes amigos, son frecuentes las reuniones de ambas familias que terminan en intercambios velados de información sobre los acontecimientos. Ana María había aprendido a cocinar con su marido las antiguas recetas de Justina, tanto como le ha enseñado a Gerardo su necesidad de intervenir en las conversaciones, y de estar informada de sus pasos con relación a los últimos acontecimientos en el ámbito de lo político.

José María España ha regresado clandestinamente a La Guaira. Un oficio al Capitán general participa el haberse puesto preso a un esclavo llamado Rafael España, quien por orden de Doña Joaquina Sánchez, mujer de José María España, indujo a los negros de su hacienda de Naguayá a sublevarse. El Comandante de La Guaira trae a declaración a Doña Joaquina y es enviada a Caracas.

Días después reciben Gerardo y Ana María la noticia del encarcelamiento de José María España, en un calabozo con dos pares de grillos y dos esposas, se le tortura para saber el paradero de José María España. Días después reciben Gerardo y Ana María la noticia del encarcelamiento de José María España, en un calabozo con dos pares de grillos y dos esposas, se le tortura para saber el paradero de José María España.

En la Isla de Trinidad, Puerto España julio 12/1799

Amigo mío:

Yo no escribiría a V. si me fuese posible pasar a verle ¡Miranda! Si por lo mal que le han pagado a V los hombres; si por el amor a la lectura y a una vida privada como anunciaba de V un diario, no ha renunciado a estos hermosos climas y a la gloria pura de ser el salvador de su patria, el Pueblo Americano no desea sino uno: venga V a serlo, ¡Miranda! Yo no tengo otra pasión que la de ver realizada esta hermosa obra, ni tendré otro honor que de ser un subalterno de V

Tengo la gloria de ser proscrito por el Gobierno Español como autor de la revolución que se meditaba en Caracas el año de 1797.

Perseguido en Curazao y reclamado en todas las islas neutrales del gobierno español; informado de las proclamas hechas por este Caballero Comandante General, ofreciendo darnos protección, vine a implorarla.

La copia N° 1 instruirá a V. de la facilidad de una empresa que será la admiración de las Naciones y la Gloria y honor de los Americanos, gracias al horror en que está el gobierno Español.

En la del N° 2 verá V., cuáles son mis votos; hablo a un pueblo adicto a su religión y que desea con ansia su independencia.

Sea V., sino principal, Agente de su patria para que tenga efecto la obra majestuosa de su libertad que no necesita sino de empezarse.

No hay que dudar del éxito, unos cortos auxilios bastan para las primeras acciones, que con una orden de ese Ministerio se proveerían de estas Colonias Inglesas.

El concepto con que me honra el Pueblo, aumentado por lo que anhela el tirano Gobierno Español por apresarme muerto o vivo, puede hacer algo necesaria mi perseguida persona. Sea como Agente o como principal que obre V (en caso de que pueda ser útil). Solicítela V por el Sr. Picton, Comandante General de esta Isla, y contésteme V por el mismo conducto, pues sabrá mi paradero.

La revolución se malogró porque estando yo fuera de Caracas descubrió el gobierno el plan por la imprudencia de un necio. Se apoderó de muchas personas, y tomó las providencias más activas en La Guaira y Caracas, y desconcertadas ya las cosas, me salve con el objeto de pedir auxilio en las Colonias Inglesas que aún esperan mis compatriotas.

Este es, en extracto el suceso malogrado. Después del cual ha crecido la opinión y el deseo de la independencia.

Venga V, le repito, a tener la gloria de establecerla como lo desea su antiguo y verdadero amigo y compatriota.

Manuel Gual.

Miranda se apresura a traducir al inglés, la carta y los documentos enviados por Gual y los adjunta a la que dirige al Ministro de Guerra, Henry Dundas, de quien es amigo:

Londres, setiembre 13 de 1799

Don Francisco de Miranda presenta sus respetuosos saludos al Muy Honorable Henry Dundas. Tiene el honor de enviarle copias y traducciones de los documentos adjuntos,, los cuales recibió hace tres días, y como la importancia del asunto es perfectamente obvia, dirá solamente unas pocas palabras respecto a la persona que los escribió.

Don Manuel Gual es el hijo mayor de Don Matías Gual, quien era el Comandante de La Guaira cuando el Almirante Knowles atacó dicho puerto el año 1793. Es nativo de Caracas, ha servido en la infantería Regular de esa provincia y goza de gran popularidad en el país, siendo descendiente de una noble y rica familia de La Guaira. El General Miranda lo trató íntimamente en su juventud, y le han informado que se ha convertido, desde entonces, en un hombre de distinguidas habilidades y consecuencias en el país.

Si el Honorable Ministro considera propicio tener una conferencia a ese respecto con el General Miranda, él tendrá el honor de visitarlo en cualquier momento que estime conveniente y le suministrará toda la información que tenga en su poder sobre esté importante asunto. Él aprovecha la oportunidad para manifestarle su agradecimiento por la amable intervención que Mr. Dundas (procediendo como un amigo) tuvo la bondad de hacer a su favor sobre la petición de obtener un pasaporte para los E.U. de América.

El lo recordará con respeto y gratitud.
Muy respetuosamente

Francisco de Miranda

La sentencia de muerte dictada por el Presidente, Regente y Oidores de la Real Audiencia contra el reo de Estado José María España dispone: “sea sacado de la cárcel arrastrado a la cola de una bestia de albaldra y conducido a la horca, publicándose por voz de pregonero su delito: que muerto naturalmente en ella por mano de verdugo le sea cortada la cabeza y descuartizado”.

Don Manuel Gual, vigilado en Trinidad por espías de la misma Corona Española, sería envenenado meses después.

Ana María y Gerardo viven con profunda tristeza estos días, una situación de silencio agobio los rodea. Ana María piensa mucho en la suerte de Joaquina Sánchez a quien aprendió a admirar y querer.

Sin embargo, con frecuencia conversan juntos sobre lo vivido y lo imposible que resultará “devolver el agua al mar”. Es un hecho que las ideas están regadas por todas partes, y todos los días escenas nuevas, gestos y palabras señalan del crecimiento de un pensamiento que llama a la libertad de la nación.

Vicente, el marido de Jeannette, ha pedido su baja al ejército español y no le ha sido concedida, pero se le ubicó en un cargo de menos compromiso en tierras de Cumaná. Este hombre ha terminado por interesarse tanto por la botánica y la fauna novedosa y prominente de estas tierras, que solo sueña con el tiempo para dedicarse a su observación; los años que lleva viviendo en tierra americana lo han cambiado.

Gerardo ha acompañado a su amigo José Manuel Tablantes en largas diatribas con las autoridades, quienes siguen atacando su condición de pardo y desconociendo con ello el nivel del trabajo que realiza como

maestro orfebre, sin embargo el joven tiene un temperamento tenaz y no descansará hasta no ver protegido a su gremio con las condiciones que desea.

La vida continúa en medio de sus circunstancias y Cristóbal crece con la misma dimensión de sus sueños y la protección y la ternura de sus padres tan soñadores como él.

Epílogo

Del fin de la historia y el inicio de otras nuevas

Me llamo Cristóbal, tengo ocho años de edad. Vivo en Cumaná, capital de la Provincia de Nueva Andalucía en la Capitanía General de Venezuela. Mis padres murieron y yo estoy desde entonces con mi tía Jeanette, ella es maestra y tiene una escuela a donde voy todos los días.

La escuela de mi tía queda cerca, por la vía, del río Manzanares. Cuando venimos de regreso a casa mi tía me permite caminar sobre las piedras más brillantes del río. Me gusta ver los reflejos de la luz del cielo en las aguas del río, veo formarse figuras y yo adivino de qué se trata. He visto muchas cosas así, ¿ves? allá hay un barco y aquella semeja un candelabro y esta es un sillón. A veces hasta puedo ver personas, unos días viniendo de la escuela, vi allí, cerca de esa roca, el reflejo en el agua de mi padre, Gerardo Martín, tenía en la mano un martillo como el que usaba en su taller de orfebrería y estaba haciendo una concha de bautismo, me sonrió hasta con sus ojos. Otra vez vi a mi madre, Anne Marie, estaba sentada en su columpio bajo la enredadera de jazmines de la casa de La Guaira, ella se mecía y también me sonreía...

Aquí a la orilla del río crecen árboles frondosos y anidan los pájaros. Las aves que más me gustan son las garzas blancas, sus plumas brillan bajo el sol y saben caminar con elegancia. También me gusta en las

tardes, sentarme con mi tía Jeanette en las mecedoras de mimbre a mirar la franja colorada que cruza el horizonte como una cinta de fuego y a escuchar sus historias sobre barcos y piratas.

Juvenia y Cleobaldo están con nosotros desde que murió la abuelita Solange.

La tía me tiene guardado un cofre en el que dice hay un legado de papeles, en ellos abuelita escribió la historia de mis padres y de mis mismos abuelos para que yo la conozca toda algún día (mi tía dice que cuando sea mayor), también está allí lo que me pertenece: Un crucifijo hecho por mi padre que perteneció a mamá, y otras cosas que no sé. La tía lo guarda con mucho cuidado y yo lo miro y sueño con el día en que podré conocer su contenido.

Por estos días han venido unos viajeros a visitarnos y con ellos han traído muchos objetos nuevos y extraños. Mi tío Vicente, el esposo de tía Jeanette, que es militar y mando por allí, dice que esas cosas son “instrumentos de medición” para estudiar la tierra y el mar y el cielo y todo lo que existe, porque ellos son unos sabios y todo lo quieren saber. Yo los sigo a todas partes y me gusta ver como el grande, con el cabello crespo, mentando Alejandro, conversa con el pequeño, llamado Aimé, y después anotan en un cuadernito, también recogen hojas de las plantas y flores y hasta mariposas.

Cuando esté mayor me gustaría ser como ellos para irme en un barco y conocer las cosas que no sé....

“Los niños pasan, por decirlo así, una parte de su vida en el agua: todos los habitantes, aún las mujeres de las familias más ricas, saben nadar; y en un país en el que el hombre de las primeras preguntas que se dirigen en la mañana al encontrarse es la de saber si el agua del río está más fresca que la víspera. Todas las tardes frecuentábamos una sociedad de personas estimabilísimas. Haciendo una bella claridad de la luna, colocábamos sillas en el agua, vestidos

ligeramente, hombres y mujeres, como en algunos baños del norte de Europa; y reunidos en el río la familia y los extranjeros, gastaban algunas horas fumando cigarrillos y conversando, según la costumbre del país, sobre la extrema sequía de la estación, sobre la abundancia de lluvias en los cantones vecinos, y ante todo sobre el lujo de que acusaban las damas de Cumaná a las de Caracas y la Habana. No era inquietado el círculo por las babas o cocodrilos pequeños, que hoy son sumamente raros”.

(Alejandro Von Humboldt “Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente” Libro Segundo, Capítulo IV, Primera permanencia en Cumaná. 1800).

Manuel y Cristóbal tienen ahora 18 y 20 años, es la mañana del 19 de abril de 1810, y en el Cabildo de Caracas, el acontecimiento esperado se produce. Cuando el Capitán General Juan Vicente Emparan intenta entrar a la iglesia para asistir a los santos oficios de la Semana Santa, un grupo de jóvenes representantes al Cabildo se le acerca, y uno entre ellos, Don Vicente Salias insiste en conducirlo hacia el balcón del Cabildo. Todo es rumor, agitación, y Don Vicente Emparan presiente que es preferible responder a los muchachos, y seguir su deseo.

Desde allí, al cumplir con tal solicitud y subir al balcón presencia la reunión del pueblo de Caracas. A su espalda, el Padre Madariaga es también espectador y protagonista para ese auditorio.

En un espectral y sorpresivo silencio, el Capitán General hace la pregunta de rigor.

—Pueblo de Caracas, los cabildantes me notifican que están reunidos aquí para pedir mi renuncia al mando y mi salida de la Provincia, y con ella, la salida de la Corona de España. Debo preguntarles si desean que continúe al mando.

Un ¡No! colectivo y sonoro, venido de aquel conglomerado ansioso, se escucha como respuesta. Ante lo cual Emparan habla por última vez:

—Entonces, yo tampoco quiero el mando.

Con su retiro, un largo nuevo proceso de sucesos sellará el nacimiento de la República. Gerardo llevando del brazo a Ana María, y José Manuel a su vez con Rosa Ramona abrazada, contemplan a sus hijos en medio de la algarabía general.

FIN



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-440-038-4

DEPÓSITO LEGAL

DC2021001825

CARACAS, VENEZUELA, NOVIEMBRE DE 2021

La presente edición de
LAS AGUAS TENÍAN REFLEJOS DE PLATA
fue realizada
en Caracas
durante el mes
de noviembre de 2021,
año bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



Las aguas tenían reflejos de plata La historia de amor de Gabriel y Ana María –pardo él, francesa ella– reconstruye de forma emotiva y electrizante la conspiración de Gual y España, a la que esta jovencísima pareja se ha sumado y por la que se juegan la vida. Como no lo hace casi ningún libro de historia, esta novela describe en detalle el sistema de castas que impiden que una chica blanca, europea y “de calidad” se relacione con un mestizo, aprendiz de orfebre y sin bienes. También revela cómo llegan y se difunden en Venezuela las ideas revolucionarias que han encendido la mecha de la rebelión por el Caribe y el continente.

Mujer por mujer, hombre por hombre, adentrándose en sus sueños y sus riesgos, sus desventuras y sus luchas, la narración logra darle voz y cuerpos a la Historia. Nos pasea por la rebelión de Andresote y de José Leonardo Chirino, por las noticias y los entusiasmos que despiertan las noticias de Miranda, por la cotidianidad de la gente común, por la represión, el miedo, la clandestinidad de quienes quieren ser libres, dar vida a la República y cambiar su futuro. Y al final nos muestra un nuevo comienzo que hoy sabemos que tuvo futuro. Sin traicionar la “verdad histórica”, la imaginación de Laura Antillano nos permite volver a los tiempos proindependentistas en tiempo real, a través de las aventuras de una acomodada muchacha francesa y el hijo de un hombre y una mujer piratas que creen en la libertad.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO



ISBN: 978-980-440-038-4



9 789804 400384